

DESDE RÍO CHICO HASTA EL GRAN GUAYAS

ENTRE DOS RÍOS

*Relato de un riochiquence y su travesía por la
costa ecuatoriana*

LEONELA MACÍAS RODRÍGUEZ

DESDE RÍO CHICO HASTA EL GRAN GUAYAS" ENTRE DOS RÍOS.

Leonela Macías Rodríguez

**DESDE RÍO CHICO HASTA EL GRAN
GUAYAS" ENTRE DOS RÍOS.**

Título original:
DESDE RÍO CHICO HASTA EL GRAN
GUAYAS" ENTRE DOS RÍOS.

© Leonela Macías Rodríguez

2020,
Publicado por acuerdo con los autores.
© 2020, Editorial Grupo Compás
Guayaquil-Ecuador

Grupo Compás apoya la protección del copyright, cada uno de sus textos han sido sometido a un proceso de evaluación por pares externos con base en la normativa del editorial.

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Quedan rigurosamente prohibidas, bajo las sanciones en las leyes, la producción o almacenamiento total o parcial de la presente publicación, incluyendo el diseño de la portada, así como la transmisión de la misma por cualquiera de sus medios, tanto si es electrónico, como químico, mecánico, óptico, de grabación o bien de fotocopia, sin la autorización de los titulares del copyright.

Editado en Guayaquil - Ecuador

ISBN: 978-9942-33-345-2

Cita.

Macías. L. (2020) DESDE RÍO CHICO HASTA EL GRAN GUAYAS" ENTRE DOS RÍOS, Editorial Compás, Guayaquil Ecuador, 110pag

Dedicatoria

A mis padres, Fredes y Eudes quienes como muchos emigrantes manabitas a lo largo de la historia no encontraron otro camino que emprender, subsistir y persistir en otra tierra para transformar su vida y la de los suyos.

Agradecimiento

A la infinita Bondad y Sabiduría de Dios,
por haberme brindado la oportunidad de dejar
en estas memorias algunas costumbres,
valores, cultura y pasión de la gente
de mis dos amadas provincias,
Manabí y Guayas

Prólogo

La vida transcurre y lo que quedan son los saberes de nuestros antepasados, esos conocimientos y destrezas que permiten la permanencia de la identidad y cultura de los pueblos. En ese sentido este libro recoge el relato de un hombre sencillo de campo, agricultor, vaquero, marinero, mecánico, nómada. No es un héroe ni un antihéroe, sino un ser humano que como muchos nació en medio de la adversidad, pero se diferencia de los demás por la forma de asimilar su historia y aprovechar cada experiencia con la fascinación y aprendizaje de un niño. Lejos de provocar lástima, el personaje transforma su infortunio y se adapta mientras que en el camino recoge moralejas, emociones reales y frutos de toda clase.

Como él, hombres y mujeres de todo el mundo siguen optando por buscar lejos de su propia tierra ese destino soñado y así satisfacer aquella inquietud instintiva de experimentar lo nuevo, lo desconocido, lo más adecuado para la vida. Esta historia narra justamente eso, las motivaciones de un niño para conseguir ser adulto, que se hizo hombre siendo nómada mientras dejaba atrás al pequeño río de su pueblo natal y encontraba huellas en el camino, en el campo entre los cafetales, en las ciudades, en la montaña, en playa y en alta mar.

La narración de este curioso relato no quedó en el olvido, este hombre la contó una y otra vez con mucha emoción a sus cinco hijos, al mismo tiempo que les inculcaba valores y conocimientos sobre sus antepasados y sus orígenes. Esta obra es la recopilación de algunas de sus anécdotas, las más impactantes, las más

novelescas y apasionantes. No obstante, aunque por respeto a la privacidad de familias y personas involucradas en la historia, se cambiaron los nombres de algunos personajes, la autora de este material realizó una investigación exhaustiva durante 4 años para que "Entre Dos Ríos", represente lo más cercano a la realidad de lo que verdaderamente pasó en la vida de su padre, don Eudes Macías Loor.

Contenido

Dedicatoria	2
Agradecimiento	3
Prólogo	4
Capítulo I.....	7
La Gran Idea	7
Retrospectiva	18
Incendio En La Troja.....	29
Más Travesuras.....	32
Foto De Primera Comunion.....	37
Sequía y Pobreza.....	39
Capítulo II.....	41
Camino Hacia la Aventura. Primeros Destinos	41
Solaniillo - Pichincha	44
El Encuentro con la "X"	47
La Muerte del Puerco.....	54
Capitulo III	57
El Regreso a Casa	57
Severino.....	59
Encuentro con lo sobrenatural.....	70
Perseguido por la Sanidad	74
CAPITULO V.....	78
MANTA	78
Amistad con el mar	78
El amor de su vida.....	81
Nuevo enfrentamiento con la muerte.....	88
Propuesta de matrimonio.....	91
La boda.....	94
Capítulo V	99
Hacia la ciudad del gran río	99
La cosecha.....	107
Bibliografía	110

Capítulo I

La Gran Idea

A sus 12 años cumplidos el 1 de marzo de 1957, Eudes sentía que debía darle un nuevo rumbo a su vida, pero no sabía cómo, aún le faltaban algunas partes al plan que le daría un vuelco a su rutina diaria en casa de sus padres. Pensativo por varios días, mientras atendía sus quehaceres en la hacienda, trataba de idear su escape, necesitaba sacar provecho a su imaginación infantil conjugada con la prematura madurez que había adquirido por el arduo trabajo que, como a todo niño de campo, le tocó hacer desde temprana edad.

Mientras reunía el coraje necesario para emprender su aventura, sentía que le urgía explorar algo nuevo y motivado por sus ansias de libertad definió que era su independencia ¡eso quería! irse lejos de todo lo que conocía y que no le satisfacía. Hasta que un buen día, ese mismo año a finales del mes de abril, se presentó la oportunidad, sus padres le habían concedido trabajar fuera de casa, entonces la idea estaba mucho más clara en su cabeza y la decisión había sido tomada.

Así fue como, Eudes Clotario Macías Loor, mejor conocido en todo el pueblo de Río Chico y en recintos aledaños como 'Miquito', se dispuso a emprender el viaje más largo de su vida, el camino que le conduciría a ser dueño de su propio destino. Pero, como era lógico, sentía temor y adrenalina recorriendo su cuerpo porque no tenía idea de lo que encontraría más allá de los linderos de su pueblo natal.

El pueblo de Miquito era Río Chico, la parroquia rural más antigua de Portoviejo, capital de la provincia de Manabí, con no más de 100 familias en aquella época, según registros (Delaunay, Carrera, y León, 1985) eso era todo lo que él conocía, allí nació y se crio en un entorno a veces agreste y a veces acogedor, campesino, fructífero, tradicional, donde con productos como limón, cacao, algodón y coco, sus habitantes han podido mantenerse y sobrevivir a épocas adversas como la sequía de los años 60, cuando todo el territorio manabita quedó marcado por la escasez de agua, pese a que en ciertos inviernos -bravos- se ha sufrido lo contrario con inundaciones y desbordamientos de los ríos y específicamente en Río Chico, porque el afluente atraviesa el pueblo y arremete con todo, cuando por el exceso de lluvias se transforma y

deja de ser un río chico para convertirse en una crecida.
(GAD Parroquial, 2019).



Figura 1 El río de la parroquia rural de Río chico, Portoviejo. Vista desde el puente de Río chico. Imagen captada el 3 de noviembre de 2016

Pero entre todos esos acontecimientos de la naturaleza, en el siglo XIX esta población era reconocida como la parroquia más importante del cantón y la provincia, tanto así que se la conocía también como “la joya manabita”. Sin embargo, poco a poco fue quedando aislada de la vida moderna, aquella modernidad que unió a otras ciudades como Manta y Portoviejo, con la introducción de la innovación tecnológica y vías de comunicación, beneficios que no llegaron a Río Chico de manera oportuna, por lo que este maravilloso rincón del país se

quedó entre la vegetación y costumbres ancestrales como un tesoro patrimonial viviente de la región (GoRaymi, s.f.)

Allí en el pueblo todos le tenían cariño al -Miquito- y le decían así porque era más fácil de pronunciar que su nombre real, le decían "Ele", "Ebre", "Edes", y muy pocos le atinaban a su verdadero nombre -Eudes-. Eudes Clotario son nombres heredados de generación en generación y provenientes del Santoral (Puga Palomeque 2010), es decir, nombres de santos europeos, cuya pronunciación correcta y acento apropiado se perdían en territorio de habla hispana.

Por eso, quienes conocían a Eudes decidieron ponerle aquel apodo, que vaya con su piel rosada y cabellos claros pero también con su forma de escabullirse y de hacer travesuras. Entonces, era más fácil comparar a este niño con un "mico" o mono capuchino blanco de la costa (MINTUR, 2013) que se podía encontrar en los bosques cercanos del pueblo entre árboles y cañaverales, son monitos pequeños, inquietos y de rojizo pelaje o "colorado" como le dicen a los colores rojizos en las zonas costeras.

El Miquito era un niño corpulento pero de baja estatura, travieso, humilde y testarudo, era considerado uno de los

críos más problemáticos de la zona, amaba los riesgos y el peligro, parecía no temerle a nada, de conducta nada conveniente, cuando se pertenece a una familia de reconocido linaje entre los habitantes del pueblo y la comarca entera, los Macías Loor.



Figura 2. Doña Aurita Loor de Macías y sus tres primeros hijos varones. A la derecha de doña Aurita, Aldo, en sus piernas Juvenal y a su izquierda Eudes.

El Miquito hizo a un lado toda consideración al -qué dirán- del buen nombre y apellido familiar porque su decisión estaba tomada, se aferraba a la esperanza de encontrar mejores días al emprender un nuevo camino fuera del hogar, entonces en ese momento, tomó su equipaje y se despidió. Su maleta que era solo un morral con lo necesario para unos cuantos días que fue previamente

preparada por su madre, Doña Aurita, quien apenas le había puesto ropa como para una semana de trabajo, pues debía regresar en sus días libres. El Miquito se iba de asistente a la clínica Santa Teresa en la calle Guayaquil de Portoviejo, a unos 16 kilómetros de casa. Allí, empezaría a trabajar como empleado de multioficios por una temporada o por lo menos, ese era el plan que conocía su familia.

Le había dicho a su madre que sería sólo un trabajo corto, que no demoraría mucho y que volvería en diez o quince días aproximadamente, pero en realidad, ocultaba otros planes en su mente, la verdad es que no quería volver más. Se despidió de su familia como acostumbraba hacerlo al salir hacia la escuela, con un simple -hasta pronto, nos vemos- dijo adiós a sus padres y hermanos que lo vieron partir sin que eso signifique cosa de llanto o emoción, algunos ni siquiera dejaron de hacer sus labores diarias para verlo partir, no hubo un ¡chao hermano, adiós Miquito! y es que para ellos el Miquito no se iría muy lejos, no se ausentaría por mucho tiempo, era una misión más, de esas que cualquier niño del campo emprende a su edad para aportar con ingresos en el hogar, sin embargo, en su mente se escondía una estrategia de escape, una despedida que sentía aún más profunda en su corazón y

solo él lo sabía. Las cosas cambiarían radicalmente a partir de ese momento, aquel era un día que calaría hondo en la vida de esta familia, pero sobre todo en la vida del Miquito.

Con su morral al hombro salió de la casa lentamente, lo hacía despacio porque estaba consciente de que se alejaría del sitio que había sido su cuna y su hogar hasta ese momento. Caminaba lento, pero se fue sin mirar atrás, ni a su alrededor, mientras pensaba... ¡¿qué estoy haciendo?! y se respondía a sí mismo ... ¡tengo que hacerlo, tengo que ser fuerte, quiero irme de aquí! mientras caminaba con prosa hacia el portón principal, atravesando un sendero largo enmarcado con altísimas palmeras de coco, mientras que su mente se encargaba de registrar y guardar las imágenes más representativas de su infancia, aquella casa que lo vio nacer, una casona enorme, hecha con madera, caña y cade, enlucida con adobe de enquinche, así eran antes las casas del campo costeño, como lo describe Loor (1956)

La casa, construida sobre estantes de madera y cubierta de cadi o paja, ofrecía relativamente ciertas comodidades. Aunque no hay certeza en asegurarlo, es probable que las más de ellas se dividían en varios departamentos, como aparece hasta del testimonio de las

ruinas en lo que respecta a las construcciones de piedra de la antigua Manta. (p.139)

La casa de los Macías Loor era acogedora, este hogar era querido, reconocido y respetado por todas las familias riochiquenses, el Miquito conocía muy bien todos los recovecos de su casa natal, tanto que hasta había memorizado el número de sus escalones, los que innumerables veces había contado al subir y bajar en el ajetreo de la jornada diaria, eran doce peldaños, doce como su edad. Toda su vida hasta ese momento había transcurrido en las entrañas de esta hermosa casona montubia, con una sencilla pero atractiva y rústica decoración con aroma a leña y café filtrado, olor a sabores y recuerdos.



Figura 3 Imagen de la casa de los Macías Loor. fotografía tomada el 3 de noviembre de 2016.

Cómo olvidar aquellos portones de madera a dos abras enormes y relucientes, las clásicas ventanas con celosías de madera y el fogón de la cocina en base de barro, todo aquello que el Miquito conocía a la perfección, todo eso que ahora pretendía olvidar.

Pero las dudas no tenían cabida en ese momento, a paso lento pero firme avanzó hasta el portón principal, mientras pensaba en tantas cosas, pero luchaba por no volver la mirada hacia ese amplio terreno propiedad de sus padres que tenía aproximadamente quince hectáreas, lleno de árboles frutales, animales de granja y aquel legendario, profundo y misterioso pozo, objeto de agraciadas y desgraciadas experiencias para él y una fuente de milagros para su familia y toda la comarca.

Y mientras luchaba contra sus miedos y añoranzas, con su morral al hombro trataba de abrir la pesada tranca del portón, al final de aquel sendero con su casa y los suyos a sus espaldas y un destino desconocido frente a él, Miquito sentía la despedida en cada latir de su corazón, una despedida insospechada por todos. Adiós Miquito, adiós, Eudes.

Pero sus pensamientos no dejaban de traicionarlo, ya estando fuera de la casa su mente recorría aquellos sitios donde tantas veces trabajó, corrió, jugó y sufrió castigos

innumerables. En el fondo, el Miquito, quería borrar y empezar de nuevo, forjar su propio destino sin que le dijeran lo que debía hacer o no.

¡Quien creyera!, nadie podría apostar siquiera, que este niño campesino de rostro angelical tuviera las agallas de dejarlo todo atrás, Eudes, quien de lejos más bien pareciera un pequeño niño arraigado al seno familiar, engreído y mimado, en realidad tenía una fuerte personalidad, decisión y valentía, con cierta independencia en su interior, ni mucho ni poco, pero sí lo suficiente como para arrancarse de raíz de su propia tierra. El Miquito por fin había dejado su casa, y desde afuera, inevitablemente, entre las ranuras del cerco que cubría el frente de la propiedad, dirigió su mirada hacia el corral donde dormían las vacas frente a la casa, vio la cálida fachada de su hogar por última vez, divisó a los jornaleros que trabajaban en la hacienda y a su familia asomada en el balcón.

Ahora sí, estaba dando el gran paso hacia esa libertad que tanto anhelaba, esperanzado a que llegaran días mejores para él y para la realización de sus sueños, en esos instantes había volteado una importante página de su vida.

Más, la verdad sea dicha, su misión de trabajar en la clínica era real, debía cumplir con esa parte, incluso para despistar un poco a su familia y no levantar sospechas sobre su verdadero plan, debía ganar ventaja en tiempo y distancia para que nadie lo siguiera con pretensiones de convencerlo a que desistiera de su huida, por eso actuó con sigilo, haciendo las cosas con naturalidad y cautela mientras se encaminaba a cumplir con su compromiso laboral.

Al recorrer los caminos vecinales de Río Chico, observaba con detenimiento lo que desde siempre había conocido de cerca, aquel camino polvoriento bordeado por piñuelas, las casas montubias con su atractiva estructura rústica y los vecinos a quienes saludaba como de costumbre, agitando su mano y haciendo una ligera venia con la cabeza a aquellas familias riochiquences que se asomaban desde sus altos corredores o azoteas de madera.



Figura 4. Antigua casa de madera y caña en el centro de Río Chico. La estructura soportó el terremoto del 16 de abril de 2016. Foto tomada el 3 de noviembre de 2016.

Luego de media hora de su pausada caminata, Miquito llegó al corazón de Río Chico, observó con cierta nostalgia la plaza, la torre del reloj, el mercado, la Iglesia, el colegio, miraba a su gente ocupada en sus actividades, a pie, a caballo o en carretas. Todo, era como de costumbre, los comerciantes y las doñas en lo suyo, nada había cambiado para los demás, solo para él, porque el Miquito ahora veía a su pueblo como queriendo guardarlo muy adentro, en su mente y en su corazón.

Retrospectiva

Lo que al Miquito lo mantenía firme en su decisión era pensar en los motivos de su partida, ¿por qué huiría de su pueblo natal, del maravilloso campo, de su familia? Reflexionaba entre resentimiento y nostalgia, recordaba claramente que desde muy chico su trabajo fue extremadamente duro, como le tocaba a todo niño de

campo en aquella época, pero ese no era el principal motivo, pero él estaba acostumbrado al trabajo rural, es más, podría decirse que hasta le gustaba y le generaba mucho interés. Entonces, no, eso no era, había algo más que le desdibujaba la sonrisa.

A Miquito no le molestaba levantarse cada día a las cinco de la mañana, primero a ordeñar las vacas, para eso debía previamente debía distanciar a los "chivos", como les dicen en Manabí a los terneros, luego sujetaba la cola de las vacas a sus patas traseras con una soga de cabuya para facilitar el ordeño y para evitar esos molestos coletazos de la vaca en la cara.

La leche que el Miquito colocaba en baldes de madera luego era trasladada por su padre, Don Clotario, hasta la cocina de la casa, donde se la procesaba para obtener productos como la mantequilla blanca que era envasada en canutos, o partes cortadas de la caña guadúa verde, a lo que se le atribuía su sabor único, distintivo de una verdadera mantequilla montubia manabita. Su proceso ha sido conservado por generaciones en las zonas rurales de la provincia:

se lavan muy bien las manos con jaboncillo y abundante agua. Se procede a recolectar la leche directamente de la vaca lechera en un balde de aluminio. Utilizando una

susunga (cernidera de mate) se extrae la nata de la leche cruda. Se coloca la nata dentro de una batea de madera y con la mano diestra se comienza a batir hasta darle la consistencia cremosa que le caracteriza a la mantequilla blanca. Se enjuaga la mantequilla en agua una o dos veces según lo amerite. Luego se ubica la mantequilla en otra batea limpia para posteriormente agregarle leche previamente hervida y dejada entibiar. La leche tibia se le va incorporando poco a poco a la mantequilla batiendo rápidamente, dependiendo de la necesidad de la mantequilla, puesto que si se enfría la leche, la consistencia puede perderse. Se deja reposar un poco a la mantequilla dentro de la batea para que se enfríe. Finalmente se realiza el envasado en los canutos de caña guadua mansa tierna. (Macías Zambrano et al. 2019)

La cuajada, suero blanco, manjar y el famoso queso casero eran otros derivados de esa exquisita leche campesina, que don Clotario se encargaba de elaborar para la venta y el consumo en el hogar. Para los foráneos, probar las delicias manabitas se ha convertido en una experiencia única mientras que para el manabita o “manaba” como se autodefinen, deja sensaciones en el paladar y remembranzas en el corazón donde quiera que se encuentre, algo así como una mezcla de sencillez,

campo y sacrificio, con un cierto gusto a humildad gracias al inigualable sabor manabita reconocido en todo el país por su exquisito sabor y nutrida cultura.

De ahí surge el afamado queso manabita, trabajado en casa como lo hacían los Macías Loor, ellos elaboraban desde los moldes para su preparación, utilizaban las hojas de la resistente piñuela para formar círculos a los que llamaban "sunchos", en cuyo centro se exprimía la lechosa masa de cuajada hasta formar una hermosa marqueta de queso que dejaban reposar por 3 horas, todo esto, cuidando al máximo la limpieza y delicadeza, toda una obra de amor al trabajo. Al final, los hijos de la familia ofrecían el sabroso y reconocido queso manabita a todo el pueblo, de casa en casa.



Figura 5. Don Hipólito Clotario Macías Aray, casado con doña Aura Loor con quien procreó 14 hijos.

Pero la ayuda en la producción de queso era sólo una parte de los quehaceres que le tocaba realizar al Miquito, luego de ordeñar las vacas y mientras su padre se encargaba de otras labores, él corría a sacar al ganado del corral y las llevaba a pastar a un potrero que quedaba a cinco kilómetros de su casa, el pastizal del don Lugardo, ubicado en Buena Vista de Quebrada Grande, allí las dejaba encerradas en el corral durante la mañana para poder ir a la escuela, lo que le tomaba media hora a pie.

Las puertas del centro escolar “La Inmaculada Concepción” de las Madres Lauritas en pleno centro de Río Chico junto a la Iglesia, se abrían a las ocho de la mañana, por eso el Miquito se apresuraba, corría, no podía tardarse, debía ser puntual. A paso ligero terminaba con mucho cuidado las últimas tareas del hogar para poder cumplir con ambas responsabilidades con hora marcial, tal como si fuera un conscripto, de lo contrario, sendos castigos le esperaban en cualquiera de los dos escenarios o en ambos, por un lado en casa de parte de su madre, y por otro en la escuela en manos de las monjas docentes.



Figura 6. Iglesia Santa Bárbara de Río Chico y Escuela donde estudiaba Eudes, en plaza central de Río Chico. Imagen captada en noviembre de 2016.

Entonces, se puede determinar que no era el trabajo pesado el motivo de su huida, realmente su motivación era la incomprensión, la inflexibilidad y muchas veces la injusticia con la que se le trataba, era eso lo que lo empujaban hacia fuera, lejos, lo más lejos posible de todo y de todos.

Pero así era la vida en el campo en esos tiempos, eso era lo que le pasaba a todo niño que se saliera del camino de la “rectitud” una rectitud a veces retorcida, a veces razonable, eran estrictas normas que venían formando hombres y mujeres por generaciones de la misma manera. Cuando lo cuenta el Miquito, resalta que ni sus padres ni las monjas tenían la culpa de estos exagerados procedimientos, aunque con un tono de resentimiento reconoce que a ellas no les fue mejor en su infancia,

incluso podría decirse que les fue peor, y esa era la única forma que conocían de educar "criaturas", cómo les decían a los niños.

Pero aunque parezca contradictorio, fue precisamente a esas experiencias que el Miquito atribuye su carácter, rectitud, respeto y forma puntual de hacer las cosas, sin embargo, se prometió a sí mismo que no seguiría con esa tradición, creía firmemente que existen otras formas de corregir y enderezar a los hijos, que hay mejores maneras de criarlos e inculcarles el respeto hacia los demás, sin olvidar el respeto hacia sí mismos, sobre todo eso, aprender a respetar, sin llegar a los castigos extremos como los que él tantas veces recibió justa e injustamente. En ocasiones en la escuela, como parte de castigos, al Miquito le tocó arrodillarse en tapillas de cola, o lo ponían contra la pared donde debía sacar la lengua y pegarla al muro por varios minutos o lo encerraban en un pequeño cuarto en penumbras con una vieja calavera. Sus orejas constantemente sangraban de tantos jalones que recibió, no solo porque se las partían, sino porque también eran atravesadas por las uñas de las monjas, quienes luego, para ocultar el maltrato, intentaban cauterizar las heridas con tiza.

No contentas con eso, las monjas se encargaban de que Doña Aurita conociera cada detalle de las travesuras de su hijo, así es que la citaban personalmente para mantenerla al tanto de las novedades de su hijo o le enviaban una nota con las querellas, y entonces los castigos en casa harían parecer que los aplicados en la escuela solo eran caricias o juegos de niños.

El Miquito sabía que en casa el castigo continuaba, le quemaban los pies con hojas de maíz encendidas, le daban latigazos con una especie de vara hecha con cuero peludo de vaca, conocida como "bueyero" porque era el que servía para arrear a los bueyes y vacas.

Pero el castigo que narra con mayor rencor era cuando lo sumergían, casi hasta el punto de ahogarlo en el tanque-bebedero de las vacas o en el pozo de la hacienda, aquel pozo que para él es el símbolo de la difícil niñez que padeció, pero al mismo tiempo cuenta con agrado que ese mismo pozo representa la milagrosa providencia que ha beneficiado a su familia por generaciones, pues en tantas ocasiones sirvió para regar los sembríos, para dar de beber a los animales y para abastecer a toda la casa del líquido vital que ha escaseado por años en la provincia de Manabí.

El agua de este pozo es fría y salobre porque proviene de ríos subterráneos, pero fue la salvación para muchas familias durante la gran sequía que se produjo a principios de la década de los 60. Los Macías Loor, solidarios con el prójimo abastecieron de agua a todo Rio Chico y poblaciones cercanas en aquella difícil época que duró más de cinco años, un mal tiempo que cobró la vida de personas, animales, plantaciones y degradó la calidad de la tierra por muchos años.

Posiblemente no existe una provincia del Ecuador con mayores o mejores resultados que muestren y hagan evidente los severos impactos y el efecto que tiene el cambio climático en la economía agrícola. Esto no está presente sólo como un problema de hoy. Éste es un problema que ya tiene casi más de medio siglo. Quien revisa artículos de prensa, revistas e informes del Ministerio de Agricultura constatará que ésta es una constante. (Mendoza et al. 2019)

Pero la crisis en Rio Chico tuvo una sorprendente solución, pues de entre todos los manantiales y pozos de la comarca, solo el pozo de los Macías Loor no se había secado, fue algo así como un milagro. Los vecinos hacían largas colas para surtirse de agua, con la que subsistieron familias, animales de granja y salvó plantaciones en su

momento, el líquido vital parecía no terminarse, había para todos. Es así, que quienes se habían servido de la bondad y del agua de los Macías permanecían agradecidos, mientras la fascinante historia se trasladaba de generación en generación, por eso muchos riochiquenses habían adoptado una posición de protectores para los hijos de la familia y cuidaban de manera especial al travieso Miquito, pero vale aclarar aquel “cuidado” iba acompañado del acostumbrado rigor que provocaba temor en el pequeño Eudes.



Figura 7. Eudes a sus 71 años junto el pozo de la hacienda Macías Loor, construido el 28 de diciembre de 1921.

Lo que hacían muchos -diligentes- vecinos era delatar al Miquito cuando lo veían en plena acción, durante aquellas travesuras que martirizaban a Doña Aurita, una de las más recurrentes locuras del niño eran esos típicos y arriesgados juegos que consistían en subir y arrojar de las

chivas (autobuses de madera) en movimiento, para darse el gusto de rodar por el piso y revolcarse de lo más divertido en el polvo que abundaba en las calles del pueblo. Para el Miquito más que un juego de niños, acercarse a los vehículos en movimiento era una intensa curiosidad que posteriormente descubrió como la gran afición de su vida - los motores - su funcionamiento, capacidad, sus engranajes y piezas era algo que le atraía y en lo que soñaba trabajar algún día. Aunque era consciente de que con ese loco acercamiento a los camiones, su vida corría peligro y su ropa se convertía en un dolor de cabeza para su madre.

En ocasiones don Clotario, le autorizaba al vecino don Manuel para que lo castigue si lo pescaba jugando de esa manera. Así eran esos tiempos dice el Miquito, pero así también se fueron acumulando e incrementando los miedos y resentimientos en su corazón.

El Miquito ha reconocido en muchas ocasiones que los castigos recibidos, aunque un poco exagerados, no eran gratuitos, sabe que era un niño por demás travieso, explorador e irreverente, "así era yo", dice con algo de gracia y orgullo, recordando el pasado y no puede parar de reír cuando se acuerda de sus más grandes "hazañas".

Incendio En La Troja

Era una mañana soleada muy calurosa, el Miquito de 8 años, andaba jugando con su hermano menor Aldo de 6 años, huían del aburrimiento y buscaban hacer travesuras, cualquiera se divertía sólo con verlos, corrían de un lado a otro entre juegos y risas, pero a ese ritmo algún acontecimiento ya se veía venir.

El Miquito era el "maestro" de la improvisación y la creatividad al momento de hacer algo intrépido y divertido, siguiendo sus instintos tomó unos fósforos de la cocina y empezó a quemar bichos, plantas, piedras y todo lo que encontraba a su paso entre la vegetación de la hacienda, pero no pasó mucho tiempo hasta él y su hermano llegaron a la troja, ahí junto a la casona de sus padres. La troja era como les llamaban a los graneros en el campo, era donde depositaban las cosechas recientes y en este caso los niños encontraron almacenadas montañas de la lana de árbol de ceibo.

Cada año los Macías cosechaban lana de los ceibales aledaños, eso era parte de su actividad productiva que les permitía un ingreso adicional. Los ceibos son árboles altísimos, majestuosos y algo terroríficos, si se los contempla por la noche. La semilla de este endémico árbol (Antonio

y David 2018) es una esponjosa y suave mota blanca que contrasta con el verde camuflaje de su tronco y ramas. Este producto natural era vendido por don Clotario a don Felipe Bravo, fabricante artesanal de colchones del pueblo, quien usaba la lana como materia prima para rellenar sus productos.

Como era de imaginarse, la lana de ceibo es un combustible natural debido a dos de sus componentes; aceite y fibra vegetal, algo que nuestros dos pequeños personajes a su corta edad no lograron deducir, por eso no les importó acercarse demasiado a la troja y encender un fósforo. Entonces aconteció la travesura que temían todos, mientras el Miquito sostenía el fósforo encendido en su mano, entre juegos y forcejeos aquella misma mano fue empujada accidentalmente por Aldo, dejando caer el fósforo encendido sobre la lana.

Ambos han narrado esta historia con mucha picardía y asombro, cuentan que no fue un incendio progresivo, fue más bien como una explosión silenciosa como cuando se enciende una antorcha empapada en combustible y de pronto, en un pestañeo, se vieron rodeados por las flamas dentro de la estructura de madera, toda la troja ardía y aunque por la -Gracia de Dios- lograron salir a tiempo, los

niños se mantuvieron estupefactos al observar desde fuera cómo la troja era consumida por las llamas.

Petrificados por el gran acontecimiento ante sus ojos, vieron cómo enormes llamas incluso alcanzaron e incineraron montones de cáscaras de maní y maíz en mazorca que se encontraban a los lados de la troja. La pérdida para la familia fue enorme.

Al lugar acudieron don Clotario y los vecinos don José y don Lugardo, quienes tardaron aproximadamente 20 minutos en extinguir el fuego, gracias a la cercanía del pozo de la hacienda, desde donde pudieron sacar agua en un balde de metal que a modo de cadena humana pasaban de mano en mano hasta sofocar el incendio, poco a poco.

Los dos pequeños se vieron perdidos, sabían lo que venía después y el castigo no se hizo esperar. Por la furia que provocaron en su padre, el Miquito y Aldo recibieron varios latigazos con el *rejo*, un cabo hecho de cabuya bien apretada que servía para apartar a los chivos de las vacas lecheras. Sin embargo, el llanto y desconsuelo del momento, les sirvió sólo para evitar volver a jugar con fuego, porque las travesuras de otra índole continuaron, en pocas horas buscaron otra forma de divertirse las

ocurrencias siguieron su curso natural como el caudal del río, en Río Chico.

Más Travesuras

Pero no todas las diabluras del Miquito terminaban en llanto, tragedia y confusión, también hubo ocasiones en que las peculiares "obras" de nuestro personaje arrancaron más de una sonrisa a quienes lo observaban, todos los que se percataban de su presencia, lo vigilaban como esperando ver su próxima locura, mucha era la expectativa y cautela entre sus hermanos, trabajadores y vecinos porque lo conocían como un niño travieso, aventurero e irreverente.

En una ocasión, durante un día ordinario de trabajo en la hacienda, el Miquito sostenía un machete afilado que don Clotario le había dado para que lo guardara, era una herramienta de uso personal para el padre del Miquito, lo tenía afiladito y como es costumbre de alguno que otro campesino, le había cortado la punta, para que en lugar de estar redondeada la tenga cuadrada, eso le daba facilidad al momento de cortar maleza oculta en los lugares más pequeños y difíciles.

Con ese machete en mano por el camino, a pocos metros de su casa, mientras iba jugando, cortando montecito o

hierba mala por aquí y más allá, el Miquito se topó al llegar a casa con un cerdo que descansaba plácidamente echado en el suelo fresco al pie las escaleras. Entonces, la maliciosa experimentación surgió en su mente: ¿qué pasaría si...? y mientras pensaba en esto, elevó lentamente el machete sobre el cerdo y justo por encima del rabo del animal y sin pensarlo más, soltó el arma ejecutando aquel estirado y relajado rabo, que quedó separado del cuerpo del cerdo. Así fue como, con el machete de su padre, el Miquito cortó la mitad del rabo al pobre chanco, mientras el animal que inmediatamente al sentir su cola limpiamente mutilada reaccionó con extrañeza, se levantó y dio unos cuantos pasos alrededor de la casa emitiendo un ronquido raro, como de exclamación e interrogación, aunque no chilló de dolor.

Don Clotario no pudo contenerse y soltó una sonora carcajada, esta vez lo único que le dijo fue "¡pendejo!, le cortaste el rabo al puerco!" mientras seguía riendo. Al parecer ese día don Clotario había despertado de buen humor, tanto así que todos los trabajadores y familiares que se encontraban al rededor se contagiaron de su risa.

En adelante, aquel animal fue conocido como "el mocho", un símbolo más de las travesuras del Miquito.

Siempre que podía el Miquito escondía aquellas huellas de sus extraños experimentos o del resultado de sus descuidos, como cuando perdió el lápiz de su mochila escolar, el único lápiz que tenía, pues era así como solían tener los niños en aquella época, un único lápiz que les debía durar todo el año lectivo porque al campo no solían llegar material educativo con frecuencia.

Al parecer, el punzante lápiz había hecho hueco a su bolso escolar y se habría caído camino a la escuela. Cuando se dio cuenta, el problema estalló en su cabeza y empezó a latir la amarga disyuntiva; "si le digo a mamá seguro que me azota, si no le digo, las monjas la van a llamar porque no presentaré deberes"... no quería ser castigado nuevamente y esta vez no era su culpa, pero él sabía que eso no importaría, nadie lo escucharía. Pero mientras pensaba esto, una de sus atrevidas ideas apareció de pronto, otra travesura le daba una esperanza para solucionar su problema.

Como un gato, lento y sigiloso se metió al gallinero de su casa, donde estaban descansando las gallinas ponedoras, metió su mano debajo de una de ellas y tan sutil como pudo tomó un huevo o un "ponido" como le dicen en el campo y con mucha prisa corrió a venderlo para poder comprarse un nuevo lápiz y ya está, todo

solucionado. Pero entonces, pensando que ya había pasado el susto, el Miquito no se imaginaba que al regresar a su casa, se iba a dar cuenta de la peor forma de que su plan no había resultado a la perfección, su madre lo sabía todo.

Al parecer, doña Aurita que lo había visto todo desde la ventana, se sintió muy decepcionada por el doble pecado cometido por su hijo; la mentira y el robo. En su devoto y católico corazón de madre, doña Aurita no pudo contener más la indignación y lo castigó con todo el rigor que pudiera aplicar a un hijo que ha cometido una falta grave, como lo califica el mismo Miquito, "el peor castigo de todos".

Su madre lo tomó de los pies y lo sumergió una y otra vez en el pozo como pretendiendo ahogarlo, mientras le reprochaba sus faltas. Él tenía miedo y desesperación, pero algo le impedía sentir arrepentimiento, porque como el Miquito cuenta, tuvo que hacerlo porque no le quedaba otra opción, el castigo igual vendría de una u otra forma. Y así frustrado y maltratado tuvo que encaminarse a la escuela, empapado, latigueado y sollozando.

Por eso la escuela no fue del todo un templo del saber para él, nunca representó un lugar agradable donde aprender, sufría dificultades de todo tipo, por ejemplo,

además del lápiz, debía usar perfil y canutero para escribir en los cuadernillos de la consabida caligrafía Palmer, había que tener destreza y perfección, no sólo para copiar las estilizadas y cursivas letras del impreso sobre las líneas del cuadernillo, sino también para manipular y manejar con cuidado los tinteros, no vaya a ser que caiga una gota de tinta en las blancas hojas, ya que muy pocas veces ayudaba el secante para ocultar la mancha.

Las cosas se ponían aún peor si de pronto llovía a la salida de la escuela ya que la tela de su bolso no era impermeable, era de tela. Si los útiles se mojaban no iba a ser culpa del temporal, ni de los profesores ni de sus padres, siempre sería culpa del Miquito.

Las lluvias eran torrenciales y a su corta edad todo se maximizaba. En una ocasión, decidió acelerar el paso para recoger a las vacas como de costumbre y llegar pronto a casa, pero al momento de cruzar el estero, éste se había convertido en un torrentoso río debido a la fuerte precipitación, pero para no empapar sus útiles, decidió que las vacas crucen solas mientras él bordeaba el río a pie, lo que le tomó varios minutos. Las vacas llegaron solas al corral, quince minutos más atrás llegó él, cansado empapado y asustado. Como era de esperar, no le

dejaron explicarse y eso también le costó un injusto castigo.

Foto De Primera Comunión

Los recuerdos de aquella vida infantil también tienen su matiz religioso acompañado de tradiciones propias de la Iglesia Católica ecuatoriana. A los 8 años, el Miquito recuerda que hizo su Primera Comunión, durante una ceremonia sencilla en la iglesia del pueblo, en la que prometió fidelidad a Dios y renunció a satanás, un sacramento de la Iglesia Católica que todos los niños de su edad hacían por aquel entonces, no existían otras opciones ni nuevas religiones o creencias.



Figura 8. Foto de Primera Comunión de Eudes a sus 12 años. Tomada en 1957 por sus tías paternas en Playa Prieta.

Empeñada en dejar un recuerdo para la posteridad de tan importante evento, doña Aurita lo vistió de blanquito, lo peinó con muyuyo (especie de goma vegetal) y mandó al niño a Playa Prieta, un recinto cercano, donde vivían familiares que tenían una cámara fotográfica, el Miquito debía tomarse la foto de su Primera Comunión con sus tías paternas.

En un burrito, vestido de blanco pureza, aunque sin zapatos, el Miquito iba elegante muy arregladito, más que en los acostumbrados domingos de iglesia, a su paso, era ovacionado por los vecinos del lugar que ya lo conocían pero que nunca lo habían visto así. Al llegar a Playa Prieta, sus primas, las Casanova lo hicieron arrodillar en un reclinatorio, lo acomodaron en una pose celestial y fue allí donde se tomó una de las fotos más representativas de su infancia, la foto de la Primera Comunión.

Y aunque no hubo fiesta, ni dulces, ni banquete, ese día representó algo muy importante en la vida del Miquito, y ha sido el símbolo perenne de su relación con Dios, su recordatorio de que fue consagrado para siempre a Sus cuidados, eso jamás lo olvidó.

Sequía y Pobreza

El Miquito trae nuevamente la sequía a su relato, porque ese fenómeno natural fue la transición entre la bonanza y la pobreza en su familia y en el resto del pueblo, recuerda que luego de una intensa temporada de lluvias, llegó una década de sequía muy hostil y triste, una de las peores catástrofes en la historia de Manabí que ensombreció a toda la provincia en la década de los años 60. Sí, aquella sequía a la que se refirió antes por la que los animales morían, en las granjas ya no quedaban sembradíos y la comida escaseaba. La falta de agua acabó con vacas puercos, gallinas, cuyes, pavos, burros, caballos. No había más maíz, sandía, fréjol, maní, yuca, higuera, aceite, algodón ni piñón, todo había sido devastado.

Y aunque en su casa contaban con el agua de aquel milagroso pozo para subsistir, por otra parte los productos de primera necesidad encarecieron y escasearon con el mal, a tal punto, que era muy difícil conseguir provisiones, la pobreza se acentuó en Río Chico y en sitios aledaños por su desconexión con las urbes principales. Lamentablemente, a su tierna edad, el Miquito no hubiera podido ganar mucho dinero en oficio alguno para apoyar a su familia en aquella difícil situación.

Con tan sólo doce años fue testigo de los sacrificios que debían hacer sus padres, sus vecinos, incluso las muchachas o jovencitas se casaban apresuradas, a tierna edad para aligerar la carga de sus familias, como se solía decir: "a menos boca. más nos toca".

Mientras tanto los hombres salían a tierras lejanas para trabajar aún más duro de lo acostumbrado. Esta sería una razón más para querer emprender su vida solo, para el Miquito el deseo de libertad llevaba consigo otras motivaciones que le hacían pensar que él era más útil si no estaba presente, la solución: huir de su hogar, aligerar la carga familiar, dejar atrás a los suyos en aquella hacienda y forjar su propio destino.

Capítulo II

Camino Hacia la Aventura. Primeros Destinos

Fue con toda esa experiencia del trabajo duro y la responsabilidad que le se le inculcó a través de la rigurosa formación que recibió en casa desde que tuvo uso de razón, lo que le dio la seguridad de que podría trabajar en la clínica Santa Teresa en Portoviejo sin problema alguno, sin miedo a nada.

Después de echar un vistazo a su vida en la hacienda en retrospectiva, ahora con los pies en tierra, emprendió su trabajo como asistente en la clínica donde cada mañana tuvo que hacer las compras de víveres para la cocina, atender a los enfermos, limpiar pisos, baños y más, todo en un mismo día, las horas no le alcanzaban. Pese a que ya estaba acostumbrado al trabajo forzoso, su labor en esta casa de salud la recuerda como una de las experiencias más exigentes pero que le dejó una interesante experiencia.

Allí el Miquito no tenía una habitación, le dieron un catre que cada noche debía bajar desde el primer piso alto hasta la planta baja y armar al pie de la puerta principal, pues debía estar atento, levantarse y atender las

emergencias que pudieran llegar por esa puerta a cualquier hora de la noche o madrugada. También atendía las urgencias que se presentaban entre los enfermos internos de la clínica, tal como lo hiciera un internista principiante, así se la pasaba toda la noche, aseando a los pacientes, les suministraba las medicinas, a los más débiles los conducía al baño, entre otras cosas, es decir, que a su corta edad debía trasnochar a sabiendas de que además debía levantarse a las cinco de la mañana para hacer las compras en el mercado.

La limpieza también estaba a su cargo, esta debía ser mucho más profunda, tenía que desinfectarlo todo, desde los instrumentos médicos hasta los pisos, baños y laboratorios, lo cual era complicado y tedioso al ser una época en que la mayor parte de las estructuras en edificios y casas estaban hechas de madera, tabla y caña.

Después de ocho meses de haber trabajado en la clínica Santa Teresa, el Miquito tuvo que salir de ahí, así como todos sus compañeros de labores. La casa asistencial había cerrado y cada uno debía buscar su propio destino, para él especialmente la situación representaba buscar incluso un nuevo sitio donde vivir, ya que en la clínica el Miquito tenía techo y comida.

De inmediato encontró otro sitio para trabajar, esta vez, para el escribano Néstor Loor habitante de la misma ciudad de Portoviejo, no le tocó ir muy lejos, con él realizó labores domésticas durante 4 meses. Y es que, no se sentía conforme, siempre buscaba algo más, pareciera que las labores que no le exigían mucho esfuerzo le aburrían, le gustaban los retos. Así fue como, preguntando por aquí y por allá, encontró otra alternativa, aceptó el ofrecimiento de Don Álvarez, para quien trabajó sembrando arroz y cumpliendo con otras labores propias del cuidado de una hacienda, esto sí le gustaba, por eso se quedó ahí durante los siguientes 4 años en la población de Solanillo – Pichincha, provincia de Manabí, a más de 45 kilómetros de Río Chico.



Figura 9. Distancia actual entre Río Chico y Solanillo-Pichincha. Antiguamente los caminos eran diferentes y agrestes, el viaje solía durar hasta dos días.

Solanillo – Pichincha

Aunque su permanencia fue prolongada en este recinto, no todo resultó cómodo para el Miquito, el paisaje y la rutina eran perfectos para él, pero los problemas surgieron debido a su diligente manera de trabajar con esa rectitud y puntualidad arraigada en él desde pequeño, lo que le ayudó a ganarse la confianza de los patronos de la hacienda. Pero precisamente, fue eso lo que provocó envidia y recelo entre los hijos y nietos de aquella familia y ya empezaba a notarse el desprecio y cierto aire de incomodidad en el ambiente, tanto así que un día, dos de aquellos jóvenes, Ariel y Pomelio, entre risas y engaños raparon la cabeza del Miquito a la fuerza en un acto de prepotencia y maldad.

Pero el Miquito pacientemente y en silencio soportó el abuso e intolerancia de esos jóvenes, no les guardó rencor ni los delató. El Miquito era consciente de que no estaba haciendo nada malo, solo se dedicaba a cumplir con sus obligaciones, y decidió no revelar esta situación porque le gustaba su trabajo, lo que sin duda le ayudó a madurar. Esa entereza incluso lo hizo merecedor de un nivel más alto de respeto y ya no lo llamaban por su apodo, ya no era

conocido como el "Miquito", ahora lo llamaban por su nombre, Eudes, o por lo menos trataban de pronunciarlo. Nuevamente se lo distorsionaron, seguramente por la dificultad de su pronunciación.

!Ebre!... le decían, parecía más sencillo de pronunciar, ese nombre finalmente marcó la transición de su vida de adolescente a la etapa de adulto pues para aquel entonces ya era un joven de 17 años, por tanto, todos en Solanillo lo conocían como Ebre, el riochiquence.

Ahora no sólo gozaba de la confianza de los patrones, sino que además era beneficiario de ciertos privilegios sin haberlos pedido. Luego de la pesada jornada en la hacienda que iniciaba a las cinco de la mañana, regresaba a la casa a las doce del día para el almuerzo, cuando se acercaba a la mesa con todo respeto, mesura y humildad, los patrones lo ubicaban en el mejor puesto, le daban los mejores y primeros platos con las presas más grandes y deliciosas, mientras el dueño de la hacienda, don Euclides repetía en voz alta y golpeando la mesa- ! aquí comen los que trabajan, Ebre a desayunar, Ebre ven a comer!-.

Los jóvenes de la familia sentían aún más resentimiento, en tanto que las chicas de la familia; Alejandra y Clara, aunque sentían cierto recelo hacia Eudes, ellas parecían

sentirse más cómodas con su presencia, porque Ebre les quitaba varias tareas de encima, les subía agua desde el río hasta la casa, subía leña, alimentos, y hacía otras pesadas labores que les tocaba a ellas realizar. Para estas jóvenes, Ebre no era "santo de su devoción" pero les convenía tenerlo en casa, así es que le servían la comida con gusto y así mantenían su cómodo estilo de vida.

Una de las tareas que Eudes más recuerda, era la de llevar a pilar el arroz, el traslado de la gramínea era a lomo de caballo y recuerda con cariño a aquel caballo de carga de la hacienda llamado "Clavelito" con el que iba hasta el pueblo, llevaba dos quintales de arroz en cáscara y regresaba con un quintal del grano pilado, cada libra pilada costaba un real o diez centavos de sucre, la moneda ecuatoriana en aquella época (BCE 2008).

Además, ayudaba a procesar otros granos como el café, que pilaba en el "bunquer" de la casa, una especie de madero en forma de mortero gigante que maniobraba con sus propias manos y fuerza (Gon 2015). Eudes llegaba a pilar hasta doce libras por día, el trabajo era extenuante y agotador, pero muy satisfactorio para él.

El Encuentro con la “X”

El trabajo en la hacienda fue parte de su rutina diaria, pero aunque conocía todas las particularidades del bosque selvático de aquellas montañas, las sorpresas no dejaban de perseguir a Eudes, como cuando se encontró con la serpiente conocida como la Equis, llamada así por la formación de figuras parecidas a una (X) sobre su lomo. Ese fue su primer enfrentamiento con la muerte, pues se trata de la serpiente más venenosa de la costa ecuatoriana (Vera 2016).

La serpiente equis pertenece a la familia de las víboras, es conocida como una de las más venenosas de la región sudamericana. Su nombre científico es *Bathrops Atrox* (Pazmiño-Otamendi 2013) que del griego al español sería la “feroz de grandes fosas nasales”. En Ecuador es la segunda serpiente a la que se le atribuyen más causas de muerte por envenenamiento, seguida de su pariente cercana *Bothrops Asper* o Terciopelo (Gutiérrez 2011). Eudes, siempre fue precavido en su trabajo pero lamentablemente, fue una de las víctimas de este feroz animal.

Sucedió una mañana durante su jornada habitual de trabajo, Eudes de 17 años se encontraba rozando la

maleza en los alrededores de la hacienda, debía tener cuidado de que el monte fuera cortado desde su raíz, ya que así lo exigía su patrón, quien acostumbraba a pasar revista al trabajo de forma minuciosa y prolija. Cuando de pronto, Eudes se percató de que don Álvarez se acercaba a revisar su trabajo, por lo que vuelve su mirada al camino ya desmontado y se da cuenta de que un exceso de maleza brotaba entre la yerba ya cortada, como si se le hubiese escapado a su machete sin darse cuenta, entonces regresó rápidamente para enmendar el error.

Eudes, como la mayoría de trabajadores en ese entonces, no usaba botas porque no era tan fácil conseguirlas, solo tenía simples y desgastados zapatos de lona, impropios para trabajar en el campo, pese a ello, tuvo más temor al regaño de su patrón, por tanto al regresar a aquel tramo mal trabajado y no tener tiempo de rozar la maleza en ese instante, decidió aplastarla con su pie derecho y fue en ese momento, en cuestión de segundos que siente la tenaz mordedura de la equis, inmediatamente levantó el pie y pudo ver a la serpiente aun colgando de su zapato, el dolor de la mordedura no fue tan intenso como la impresión de ver al animal atacándolo, era una cría de equis de al menos cincuenta centímetros que se había prendido con sus colmillos del más gordo de sus dedos.

Mientras sacudía el pie, el animal cayó al suelo, Eudes lo siguió y decapitó con su machete, pero el mortal veneno ya empezaba a hacer efecto en su cuerpo, sentía el desmayo en sus extremidades y empezaba a sudar frío. Don Álvarez se distrajo por otro lado y no se percató de la situación, entonces Eudes tuvo que correr cojeando colina arriba, unos doscientos metros hasta donde se encontraban sus compañeros de labores, les contó lo que le había pasado, pero nadie le creía. Y es que en el campo conocen que los efectos una de esas mordeduras de equis significa muerte segura e inmediata, por eso les parecía increíble que de pie y mirándolos a los ojos, Eudes les contara tal cosa. Pero en cuestión de segundos, sin poder más estar de pie Eudes se derrumbó, se sentó al borde del camino, sin poder sostenerse más, y se tambaleaba para evitar desplomarse. Fue entonces cuando sus compañeros le creyeron, y corrieron a socorrerlo, trataron de levantarlo, no debía dormirse, tenía que reaccionar, pero Eudes terminó desmayado sobre el pasto, mientras que Pablo, uno de sus compañeros, corría despavorido para traer un caballo que lo pudiera sacar al camino.

Los compañeros de Eudes empezaron a reanimarlo, querían despertarlo, no debía caer en el letargo, era peligroso. Hasta que finalmente lo lograron, hicieron que

abriera los ojos, pero con su rostro pálido y sudoroso, empezó a tantear el piso como buscando algo en la oscuridad, a lo que todos reaccionaron preguntándole ¡¿Qué buscas hombre?! y Eudes responde con voz temblorosa: "la colcha que tengo frío", esa desgarradora respuesta puso a todos los pelos de punta, sabían que ese frío era la muerte que andaba cerca, la condición de Eudes empeoraba rápidamente y lo peor es que estaban muy lejos del camino principal.

En cuanto llegó el caballo lo subieron al lomo del animal y a toda velocidad, entre cafetales, bananeras y maleza llegaron al borde del camino que se encontraba a unos ochocientos metros de distancia desde el lugar del incidente, allí ya vecinos y amigos de Eudes lo esperaban con vasos llenos de zumo de limón, tazas de esencia pura de café, infusiones y tomas de yerbas medicinales y otros remedios caseros, la voz se había corrido y la solidaridad se evidenció ese día, hacían de todo para reanimarlo hasta que recibiera atención médica.

No cabe duda de que por cada desgracia que Eudes sufría, recibía varias bendiciones, en ese difícil momento, a la ayuda que recibía de quienes rodeaban se sumó la rara coincidencia de que pasara un vehículo por el lugar, cosa que no era de todos los días por esos lados y en aquella

época, se trataba de don Romerito quien se encontraba sacando productos agrícolas desde los recintos del sector hacia los pueblos. Don Álvarez, apresuradamente pidió ayuda a don Romerito para llevar a la víctima hasta un centro médico, el buen vecino quien ya conocía a Eudes, sin dudarlo accedió presto y desinteresadamente.

En el camino Eudes visiblemente empeoraba, empezó a vomitar sangre, sentía ahogarse y su angustia aumentaba, hasta que le sobrevino nuevamente el desmayo, hasta ahí estuvo consciente, no recuerda nada más. Después recuerda que despertó sobre una cama en un lugar desconocido. Ya le habían inyectado el suero antiofídico una hora atrás, eso le explicó el curandero quien lo atendió en su propia casa como era la costumbre en las lejanas zonas rurales. Mientras hablaba con el empírico médico, a los pocos minutos, Eudes se desvanecía nuevamente y en su afán de reanimarlo, el curandero empezó a propinarle fuertes cachetadas para que no cayera en el sueño eterno.

Al reaccionar, Eudes se sentó y con mucho esfuerzo atendió las preguntas que le hacía el curandero:

Curandero: ¿usted si sabe que fue lo que le pasó?

Eudes: Si, si... me picó la equis

Curandero: Si, pero lo estoy despertando para que me diga dónde es la mordida, la hemos buscado en todos lados, pero no la encontramos.

Haciendo el ademán de sentarse, Eudes quiso mostrarle el sitio de la mordida, pero el curandero lo acostó nuevamente y le pidió que le describiera el punto exacto...

Eudes: es en el pie derecho... en el dedo gordo.

Fue así como, dos horas después de haber sido mordido, recién pudieron rastrear la imperceptible herida, el curandero empezó a tantear la zona con una navaja hasta que encontró la mordida y con una pinza procedió a sustraer la pequeña funda de veneno que dejó la serpiente insertada en la piel del Eudes. El curandero metió aquel vestigio de la equis en una caja de fósforos y se la regaló a Eudes como recuerdo del peligroso incidente que acababa de experimentar y el del milagro de sobrevivir a la mordedura de la mortal equis, siendo aún tan joven.

En esa época era muy común ver las culebras por todos lados, se subían a las casas, andaban por los techos asechando roedores, pero también atacaban a las personas, aunque se tenía la creencia de que hacían una excepción con las mujeres que se encontraran embarazadas o en sus días de menstruación. Era como

una especie de trato entre la culebra y la mujer que se remonta a la historia bíblica de Adán y Eva (Génesis 3 s. f.) Al regresar a la hacienda, Eudes tuvo que seguir un largo tratamiento para recuperarse totalmente, permaneció quince días reposando, comiendo raspadura o bebiéndola disuelta en agua. La "raspadura", como le llaman en Manabí a la panela (Obando 2010), le sirvió como energizante y le provocaba sed, debía beber muchos líquidos y consumir comida blanda para purificar la sangre cuyos rastros de veneno le hicieron sentir estragos durante algunos meses más.

Pero Eudes no pudo librarse de aquella temible situación para siempre, poco tiempo después tuvo un segundo encuentro con la misma clase de serpiente, como dicen en el campo, "cuando te pican una vez te perseguirán toda la vida" y así fue que, rozando monte nuevamente en el mismo potrero, con el garabato en una mano y el machete en la otra, de pronto se vio peleando con el animal y mientras la culebra quería asestarle una mordida Eudes quería degollarla y al mismo tiempo retrocedía cuesta arriba gritando y pidiendo auxilio a sus compañeros, hasta que finalmente pudo dar el corte certero y la decapitó. Esta vez no fue mordido, de nuevo

escapó de la muerte y pudo matar a la "X", pero ese susto no lo olvidó jamás.

La Muerte del Puerco

Y del susto de muerte a un susto por muerte, pues sí, una vez más Eudes estuvo involucrado en el accidente de un puerco. Ocurre que una vez recuperado de la mordida de la equis, continuó con sus oficios normales en Solanillo, como lo era dar de comer a los chanchos. Cada día, debía picar yuca, zapallo y diferentes yerbas para llevar a la pesebrera, Eudes debía vigilar que las aves de corral no se acerquen a comer el alimento de los puercos, pues corrían el riesgo de morir aplastadas por las patas de los porcinos o de los caballos que también se encontraban en los corrales.

Pero entonces, Eudes recorriendo un poco el área decidió alejarse un poco hacia la carretera, a una distancia prudente del corral, de pronto alcanza a ver que ciertas aves empezaban a acercarse a la pesebrera, por lo que decide tomar un pedazo de madera en forma de tuco que estaba en el suelo cerca de él, entre unos materiales de construcción y lo lanzó al corral para espantar a las gallinas, pero para mala suerte de Eudes, el tuco

desgraciadamente cayó en la frente de un puerco y éste cayó de costado emitiendo un ronco chirrido y murió al instante.

Al darse cuenta de esto, sintió miedo y vergüenza por su descuido. Era un puerco de los grandes, de esos que se venden bien en el mercado y que había costado tanto criar. ¡¿y ahora?!, no sabría cómo explicar esto a los patronos. Eudes decidió meter al animal muerto en un saco y lo fue a botar al costado de un camino que llevaba al estero donde se recogía agua para la casa, pero aún no sabía cómo iba a explicar la desaparición repentina de tan grande animal. Y mientras trataba de inventar alguna historia, sentía que se metía en un lío cada vez mayor.

Hasta que pudo bosquejar un plan creíble: cuando a él le toque tomar ese camino al momento de ir por agua, fingirá sorpresa al encontrar -un puerco muerto al interior de un saco- y así lo hizo, corrió donde don Álvarez y le dijo con pesar, "allá abajo hay un puerco muerto don Álvarez, parece que le picó la equis". Don Álvarez fue a ver el cadáver y por más que examinaba la escena del crimen, no se explicaba cómo habría muerto el animal y sólo expresó "no es mordido de equis porque botaría sangre por la nariz".

Sin embargo y por las dudas, mandó a botar al chanco muerto frente a la casa, para darse cuenta si los gallinazos llegaban a devorar el cadáver. Si no llegaban, entonces sí era por mordida de la equis porque esas aves de rapiña detectan el veneno. Pero, como era de esperarse, los gallinazos sí llegaron. Todo quedó como un misterio para los patronos de Eudes.

Días más tarde y con la conciencia ardiendo dentro de sí porque como le inculcó su madre, doña Aurita, sentía la mirada de Dios en todo momento, Eudes decidió no sostener más tiempo aquel teatro, no quiso seguir engañando a quien lo había considerado como un hijo más durante todos esos años, así es que tomó valor y al haber transcurrido un mes de lo sucedido, le dijo la verdad a don Álvarez.

La reacción del patrón sólo fue lamentarse por no haber aprovechado la carne del cerdo, pero no reprochó a Eudes por su error, al parecer y sin palabra alguna, don Álvarez valoró que le haya contado toda la verdad.

En adelante, Eudes se propuso ser aún más eficiente, trabajó al máximo en la hacienda, como para reparar el daño, se mostró muy empeñoso en sus labores diarias, hacía más de lo que le pedían, subía la leña, el agua y otros productos a la casa sin que se lo pidieran, era aún

más servicial que de costumbre. Quería enmendar el error y sentirse bien consigo mismo.

Capítulo III

El Regreso a Casa

Tras aquella larga temporada en Solanillo, un día Eudes pensó que era momento de seguir explorando otros destinos y aunque le costó desprenderse de aquel sitio que lo vio transformarse de niño a hombre y que dejó en su memoria gratos e interesantes recuerdos, pero se despidió, agradeció y partió para seguir descubriendo lo que le concediera la vida.

También lo impulsaba su deseo de dar por terminado el malestar y celos que aún sentían los más jóvenes de la hacienda por las consideraciones especiales que no dejaba de recibir por parte de sus patronos. Mientras más pronto se alejaba de ese lugar, disminuían las posibilidades de que la situación se vuelva peligrosa, porque así era en el campo más profundo, donde hasta una mirada mal interpretada podría ser respondida con un disparo.

Toda esta situación lo hizo reflexionar, quiso saber de los suyos, saber cómo estaba la hacienda de su infancia ¿qué sería de sus padres y hermanos? ¿habrían superado la pobreza? sintió que era tiempo de ayudar, pensó que a

sus 20 años ya no sería una molestia para la familia, sino todo lo contrario, quería volver a ser parte de su núcleo familiar. Entonces, emprendió el camino de regreso a casa, empezó a recoger sus pasos, después de 8 años de ausencia y de un largo viaje de retorno, llegó a Rio Chico, a la hacienda de sus padres, donde fue recibido con sorpresa pero con mucho cariño por su familia, su madre doña Aurita al verlo lanzó un profundo suspiro y expresó ¡¡¡Ayyy mijito!!! y no atinó a hacer otra cosa que abrazarlo y luego lo acostó en sus piernas como a un bebé y llorando le dio la bienvenida, sin reproche alguno... el reencuentro fue una escena de ternura y cariño, de perdón y reconciliación como sucede en las grandes películas del cine, de fondo musical el trino de las olleritas o aves horneros (Parque Avellaneda 2018) y el conmovido silencio de los demás.

Eudes se dio cuenta de que tenía tres nuevas hermanas, María, Manuela y Aura, tres pequeñas que lo veían con curiosidad porque Doña Aurita ya les había contado que tenían un hermano mayor. También había un bebé recién nacido, un varón, el último de los 14 hijos de la familia Macías Loor.



Figura 10. 1965, celebración del vigésimo quinto aniversario del matrimonio Macías Loor. Sentados don Clotario y doña Aurita y de pie en el centro Eudes en medio de sus hermanos: Juvenal, Aura, Mariana, Aldo, Aureola, Dolorosa, María, Manuela, Luz, Benexi y Auxiliadora. (ausentes: la mayor, Agedalina y la pequeña Vicenta, fallecida a temprana edad).

Severino

En Río Chico, Eudes permaneció sólo una semana porque regresó a la misma zona de Solanillo, esta vez al sector de Severino donde ahora vivía su hermana mayor Agedalina, quien se había casado recientemente con un residente de aquella zona, don Corinto.

Eudes los visitó porque necesitaba seguir trabajando pues la sequía seguía azotando a toda la provincia de Manabí, fueron 10 duros años de polvo y hambre entre la década de los 60 y 70, lo que contrasta con la fama que siempre

ha tenido esta tierra, por su inigualable comida y hospitalidad (Samaniego 2019).

Su hermana y cuñado lo acogieron con gusto y Eudes de inmediato ofreció su trabajo en el sector, tenía vasta experiencia en el cuidado de haciendas, plantaciones, animales de granja y todo lo que había aprendido en estos años de aventura. Su formación le sirvió para ganar la reputación de excelente asistente y cuidador de propiedades agropecuarias.

En Severino, Eudes se familiarizó con los vecinos del sector e hizo aún más amigos, empezó a vivir a gusto junto a la sociedad que le rodeaba, con mucho entusiasmo recuerda que era invitado a los bailes del campo profundo (Encalada Vásquez 2005), aquellos acostumbrados encuentros, propios del montubio manabita que eran todo un acontecimiento pues reunía a los vecinos más cercanos, es decir, a los que vivían en haciendas situadas a la distancia de un par de kilómetros a la redonda, entre las casas se situaban los linderos que marcaban la separación de cada parcela, pero igual, de lejos se conocían y se protegían unos a otros, así eran los vecindarios en aquella época por esos lados.

Aquí, cuando de fiestas de pueblo se trataba las celebraciones religiosas eran las más importantes, por

ejemplo el Pase del "Niño del Caracol" (El Diario 2018), un festejo que se realiza en ciertos recintos de Manabí, en tiempos de Adviento Navideño, donde se reunían a rezar novenas, cantaban villancicos y por supuesto, abundaban la comida los dulces y la Bebida.

Según Eudes, la leyenda cuenta que el "Niño del Caracol" fue hallado por Luciano, un hombre humilde de la comuna "La Soledad" del cantón Junín, él se dedicaba al traslado de sal a lomo de burro desde el poblado costero de Charapotó. En principio, a Luciano sólo le atraían las bellas formas y los colores del caracol, pero luego de apreciarlo de cerca por un rato lo regresaba a la arena para que se lo lleve el mar, más adelante al continuar por su camino volvía a encontrar al mismo caracol reiteradamente. Hizo esto una y otra vez, lo recogía y lo volvía a dejar en la arena, pero entonces empezó a creer que trataba de una señal divina, por eso decidió conservarlo y se lo llevó a su pequeño hijo.

En casa de Luciano, la situación en torno al caracol seguía siendo extraña porque éste de pronto aparecía en el altar de la casa y poco después empezó a formarse la figura parecida al Niño Dios en el centro del caracol, desde allí, la imagen es venerada y es trasladada de casa en casa para realizar el denominado "Velorio del Niño del Caracol"

(El Universo 2007).

Las tradiciones navideñas en estas comunidades eran importantísimas y únicas, se organizaban con solemnidad los “chigualos” o posadas desde el 25 de diciembre hasta el 6 de enero y se realizaban en una casa diferente cada noche, era lo que en muchas poblaciones de Ecuador se le conoce como el Pase del Niño (Andrade, Amoroso, y Parra 2018). Las familias llevaban su respectiva estatuilla del Niño Jesús que sacaban de sus pesebres, rezaban, cantaban villancicos y declamaban chigualos, que eran como versos de adoración al Niño Jesús, creados en rima de manera respetuosa e improvisada y todos los asistentes participaban. Todo era acompañado por el rasgueo de guitarras mientras se comía y bebían en abundantes banquetes, al estilo manabita donde se acostumbra a tomar el rompopo, mistela, chicha de maíz, a comer tortilla de maíz, huevos moyos, caldo y seco de gallina, bollos, consomé, corviches, pan de yuca y más. Después de las doce de la noche iniciaba el baile y los jóvenes aprovechaban para proclamar su amor o hacer amistades con coplas y amorfinos, es decir, era el momento para que chicas y chicos se conocieran mejor (Fernández et al. 2018).

Las mocitas de este tiempo
no saben lavar un plato
pero si saben de novios
los tienen de a tres y de a cuatro.

Mi zapato se ha rotpido
con qué lo remendaré
con la punta de tu lengua
pa que no hablas lo que no es.

Dicen que ha llegado aquí
un gallo bien cantador
que salga pa que cantemos
pa ver quien canta mejor

Aquí estoy pa que cantemos
Y me tenés sin cuidado
Porque aún no ha nacido
El gallo que me haga a un lado

(Regalado y Zambrano 2019)

Así eran las frases dichas al estilo montubio y versos de romance sincero y rústico que animaban cualquier fiesta y acompañadas con baile, risas, gritos y unos cuantos disparos al aire, el ambiente se ponía aún más intenso, hasta que llegaba la madrugada y luego el tranquilo amanecer.

Otra ocasión aprovechada por los fiesteros eran las populares fiestas patronales de San Pablo que se realizaban en el sitio "La Boca" de Severino, cerca de Calceta. No muy lejos de ahí, cuenta Eudes que había un hermoso sitio turístico ya desaparecido, era identificado por sus habitantes como "La Capilla", una formación rocosa natural que tenía una impresionante forma de capilla, pero que lamentablemente con el tiempo se fue deteriorando y al final fue demolido para construir un *bypass* o desvío de la represa Daule Peripa que servía también para la del río Carrizales y la represa de Poza Honda (SNI 2014). Eudes siempre sintió nostalgia de lo que ese lugar representó para él, por haber sido escenario de maravillosas veladas y sitio de jugarretas de juventud. Aquellas escapadas de las duras jornadas de trabajo le daban motivos para seguir adelante, había probado la diversión después de que la mayor parte del tiempo durante su niñez y juventud se la había pasado trabajando.

El trabajo era pesado en Severino, pero Eudes siempre le ha restado importancia a la fatiga y más bien suele exclamar con honor y orgullo al recordar esa época: "Era pesado como todo trabajo", no se queja ni demuestra pereza en sus palabras cuando recuerda su vida laboral,

porque así ha pasado la mayor parte de sus horas y días en la vida, trabajando.

Cuenta que durante esa época a la hora del almuerzo, en mitad de la jornada, justo a las doce del mediodía, les llegaban al campo las tongas que era arroz con gallina horneada y maduro frito o asado, todo delicadamente envuelto en hojas de plátano (Méndez y Carolina 2020) , enviadas por las mujeres de la casa, así se acostumbraba a servir el almuerzo en el campo cuando eran muchos trabajadores durante la época de cosecha, de ese modo, la hoja de plátano mantenía caliente la comida o permitía que los trabajadores la vuelvan a meter en las brasas de un horno que improvisaban en un hueco de la tierra, el sabor de la comida se realzaba de un modo especial con el aroma

de la verde hoja, lo que ha enloquecido hasta a los más finos paladares, por eso la tonga ya es un plato típico de Manabí que se prepara en todos los rincones de la patria. Pero, si en cambio eran pocos los jornaleros se llevaban las ollas hasta el lugar donde estaban trabajando, para servir el almuerzo con sopa y segundo o plato fuerte en mesas y bancos de madera que adecuaban en el lugar, luego, regresaban a trabajar de inmediato, no había descanso. Las jornadas eran de corrido de 7H00 a 11H00 de la

mañana y de 12H00 a 16H00 por la tarde, no podrían extenderse más ya que en aquella época la luz eléctrica no llegaba a esas zonas, entonces había que aprovechar la luz del día para sacar fresca la cosecha. Los productos de ciclo corto eran arroz, maíz, pepino, habichuela, achochas, entre otros vegetales que se cosechaban generalmente para consumo en casa o venta al minoreo. Mientras que el café y el cacao eran productos para comercializar en los mercados y al mayoreo, pero el trabajo se realizaba con el mismo empeño y cuidado en ambos casos y en de todas las plantaciones. En la huerta también había árboles frutales como limón, naranja, mandarina, aguacate y frutas silvestres como el zapote, guaba, mamey colorado, achotillo, poma rosa, ovo de mico, caimito y otros frutos que Eudes también recuerda con nostalgia, pues no se comercializan a gran escala y solo podría encontrarlos por casualidad de manera silvestre en el campo.

Severino posee un clima característico de bosques de montaña, secundarios y hasta primarios, que se da en tierras bajas en medio de quebradas con humedad, neblina y frío, condiciones que hacen sentir la ropa y piel húmedas, es como un hueco o hendidura en medio de varios cerros desde donde bajan algunos riachuelos que al

final forman el río Carrizal (Valencia y Valencia 2017). Aquí el ambiente es invadido por el ruido de los arroyuelos durante el invierno, mientras que en verano esos mismos ríos se secan y son utilizados como caminos vecinales.

A Eudes le encantó su estancia en este lugar, allí aprendió de sus habitantes hasta reconocer los sonidos de la naturaleza y a distinguir su origen, como por ejemplo el canto de las aves, cuyos sonidos característicos las diferencian a unas de otras. Obviamente los nombres son fruto de la inventiva del hombre de campo, no las llaman por su identificación científica, claro está, sino de acuerdo con lo que parecen decir en sus melodías, como es el caso del “Dios te dé”, “Pili”, “chas chas” y “Al hueco va”, aunque también está el caso de las más reconocidas generalmente como guacharacas, mirlos, gavilanes y lechuzas.

En esos espesos bosques había, hasta esa época, animales impensados. Eudes pudo ver tigrillos de todo tamaño, al oso hormiguero que puede llegar a pesar hasta 30 kilos y también tuvo de cerca al oso perezoso o perico ligero como le llamaban en este sector. Vio y escuchó al pájaro carpintero que junto a su bandada, crean curiosas sinfonías de percusión cuando buscaban su alimento

taladrando la caña guadua, efecto que consiguen al punzar cañas de diferente grosor (GAD s. f.).

Como historia anecdótica e interesante, Eudes cuenta que por la escasez de alimentos en la montaña, debía salir de cacería y precisamente en una ocasión se había internado en el bosque de una quebrada cerca de la consabida "capilla", estaba esperando una guatusa o roedor grande del bosque (PUCE 2017), para cazarla. Ya había estudiado el lugar en el que comía el animal y la hora a la que acostumbraba a llegar y para no espantarlo se tuvo que quedar muy quieto por horas. Pero antes de que la guatusa llegara, algo más llamó la atención de Eudes, fijó su mirada hacia una quebrada donde había una pequeña laguna que continuaba debajo de una cueva rocosa, pero algo ahí se movía, de pronto, desde la cueva se asomó un camarón de agua dulce muy grande. Sorprendido y entusiasmado fue a ver a su cuñado Corinto, quien se animó mucho cuando Eudes le contó sobre su hallazgo. De inmediato corinto trituró cuatro verdes y puso a la masa unas gotas de DDT (*diclorodifeniltricloroetano*) un veneno que sirve como insecticida. Al anoecer se dirigieron a la laguna en aquella quebrada y pusieron la mezcla a la orilla del agua, ahí dejaron tendida la trampa y se fueron. Al día siguiente, a las tres de la mañana

regresaron y encontraron postrados sobre la orilla a numerosos camarones de río, los más grandes que habían visto, estaban ahí fuera del agua y en la penumbra los recogieron y llenaron dos sacos de camarones. ¡Es obra de la Divina Providencia! pensaron, en ese mismo momento y antes de que amaneciera, Agedalina, Corinto y Eudes prepararon delicias con los crustáceos como bollos de camarón y otros platos típicos manabitas. Hicieron tantos bollos que comió la familia y alcanzó para repartir a los vecinos y aun quedaron para llevar a Río Chico.

Si se tiene destreza e imaginación, en aquel sector nadie se muere de hambre. En esas nutridas montañas no solamente se cazaban guatusas y se atrapaban camarones, el alimento estaba ahí, dispuesto, solo hay que ser observador. Un día Corinto vio un armadillo en el lugar al que llamaban "Las Marías", sitio de descanso para los patillos o aves denominadas Marías. El armadillo se metió en una madriguera de tierra era arenosa y estaba suelta, así que, con las manos, los dos hombres excavaron para sacar al animal, como el armadillo escarbaba rápido clavaron un machete en la tierra para teparle el paso y así pudieron atraparlo. Eudes explica que no era su costumbre ni su intención comer carne de cacería, pero la necesidad

era grande e imperante. Sin embargo, esas experiencias le ayudaron a desarrollar estrategias de caza, pesca y habilidades en la cocina. Por ejemplo, él explica cómo se prepara un armadillo: primero se faena al animal y se pone a hervir solo la carne para eliminar la grasa restante, luego en una cazuela de barro con maní, aliño y yuca se pone a cocinar a fuego lento hasta que la carne esté suave y dorada, según Eudes es un plato delicioso.

Para Eudes, el aprendizaje era infinito en Severino, por eso le gustaba la aventura de conocer y reconocer cada sitio, observaba detenidamente el ritmo de la vida y de las cosas, a veces ni siquiera necesitaba preguntar, solo observaba. Por ejemplo, adivinaba a qué le atribuían los curiosos nombres que allí le daban a ciertos sitios, “El Salto” era un lugar donde había una zanja y era necesario dar un gran salto para pasar, en “El Tilo” había un gran árbol con este nombre y servía como referencia y como ya lo había contado antes, “La Capilla” era como llegar a una gran gruta, construida por la naturaleza a base de rocas de montaña.

Encuentro con lo sobrenatural

Dejando de lado por un momento las fiestas y el turismo, había que cumplir con las obligaciones que siempre

estaban en el orden del día y se imponían. Aunque cada misión era como un nuevo reto para Eudes, ahora le había tocado internarse en otro espeso bosque porque había sido contratado para trabajar unos terrenos, es decir quitarles la maleza y adecentarlos. Por eso emprendió el viaje al otro lado de lo que hoy es la represa "Poza Honda" al sector del "Guarumo", unas tierras que en ese entonces empezaban a colonizarse, hasta allá Eudes partió con dos compañeros más Gerardo y Manuel. Sería una estancia de 6 meses, por eso hicieron una cabaña de caña y madera de 1,50 m de alto, sin clavos, solo amarrada con bejuco y al interior lo indispensable para descansar y dormir. Lo que sí les preocupaba era la alimentación, en medio de la nada no había mucho de dónde escoger la situación era terrible, sin comida ni vías cercanas, sus días se tornaban cada vez más duros. Se pasaban rozando monte y amontonando basura desde muy tempranas horas de la madrugada hasta las últimas horas iluminadas del día, pero a veces tenían que dejar machete y garabato a un lado para tomar la escopeta y salir de cacería, tenían que hacerlo para poder alimentarse y debían tomar agua de una poza improvisada que había en esos terrenos, a lo que Eudes le atribuye una infección intestinal que padeció en esos días. Así, medio enfermo pero con espíritu de

supervivencia tuvo que ir de cacería junto a sus compañeros una noche, como lo hicieron varias veces, pero aquella noche la recuerda de manera especial.

Eudes junto a su compañero de trabajo Manuco, caminaron hacia lo profundo del bosque por varios minutos y cuando encontraron un comedero silvestre de "guanta", que es un apetecido roedor grande que habita esas montañas, rápida pero sigilosamente armaron una tarima entre dos árboles estratégicamente ubicados para poder subir, observar y apuntar con sus escopetas al sitio, hasta que llegara el animal. Improvisaron un lugar donde sentarse y acomodarse en lo alto de uno de los árboles y esperaron, hora tras hora.

Muy adentrada la noche, cuando los vencía el sueño, se acercó una guanta al comedero y lentamente Eudes se preparaba para disparar, pero entonces de sopetón, una manada de monos aulladores pasó violentamente por encima de ambos gritando y saltando de rama en rama, haciendo tanto escándalo que la guanta escapó, mientras los cazadores eran bañados por una lluvia de heces y orina de aquellos primates que arruinaron el trabajo realizado, la paciencia y la espera. Lamentablemente perdieron la oportunidad de cazar su alimento esta vez. Pero el hambre podía más, no habían

comido en todo el día, entonces así, cansados, famélicos y sucios les tocó seguir esperando.

Al poco tiempo, nuevamente volvió la calma, sólo grillos y chicharras se escuchaban, los ojos de Eudes se cerraban y mientras luchaba por mantenerse despierto pero muy quieto para no espantar a cualquier presa que se acercara, algo extraño sucedió, algo que cortó la quietud de un solo tajo, fue un estruendo sorprendente como de una seca explosión, un ¡¡¡¡BOOM!!!! profundo que resonó en toda la montaña, como si un fuerte golpe impactara y remeciera los árboles en el terreno donde se encontraban, el tremendo susto hizo brincar a ambos cazadores y mientras Eudes temblando se aferraba al pequeño andamio, su compañero no dejó rastro tras de sí en su huida, saltó del árbol y corrió espantado por aquello que era ilógico e imposible, algo que hasta el día de hoy no tiene explicación.

Al recobrar el aliento Eudes también salió rápidamente del sitio un poco más atrás de su compañero, pero pasó mucho tiempo para que volvieran a hablar del tema, el susto les duró mucho tiempo, incluso Eudes podría sentir que después de esta experiencia su salud se había quebrantado un poco más, se sentía tembloroso y con escalofríos.

No había animal o condición natural que hubiera podido provocar tal conmoción, no hubo entre los campesinos del lugar quien les diera una teoría coherente sobre lo que experimentaron esa oscura noche en la montaña, sólo leyendas y cuentos tenebrosos sobre la presencia del demonio en el bosque que en más de una ocasión habría asustado ya a varios cazadores, con ruidos, cantos extraños o presencia de animales negros con ojos rojos parados en dos patas. En definitiva, Lo que aquí vivió Eudes quedó en su memoria como un encuentro con algo sobrenatural.

Perseguido por la Sanidad

Poco tiempo después, al dejar el lugar y regresar a Severino con su hermana, Eudes empezó a sospechar, por sus síntomas, de que había contraído una enfermedad que azotó el sector en aquella época, el paludismo, padecimiento conocido también como malaria, que era transmitida por un mosquito (Andrade B. 1994). En busca de ayuda fue a la casa de don Sisoí, encargado del Ministerio de Salud que tomaba las muestras de sangre para realizar los exámenes médicos que comprobaban la malaria, también ofrecía el tratamiento para esa enfermedad tropical.

Eudes recuerda que esperó todo el día a don Sisoí en su casa, la familia del funcionario le dio desayuno, almuerzo y merienda, hasta que por fin llegó, don Sisoí era un hombre de avanzada edad, muy servicial y curioso de las ciencias médicas, analizó la situación y examinó a Eudes, inmediatamente llamó a su hija Lorena y aprovechó para seguir entrenándola como su asistente, hizo que ella fuera quien le sacara sangre al paciente y la pusiera en un pequeño tubo de vidrio, lo embalara y dejara listo para enviarlo al laboratorio.

Los síntomas de Eudes le indicaban a don Sisoí que en efecto, eso era malaria, entonces le entregó el medicamento dotado por el Ministerio de Salud, se trataba de unas pastillas cuyo componente esencial era la cloroquina (Vademecum 2010). Aquellas tabletas debían tomarse de manera específica bajo una estricta posología, la dosis era diferente cada día y había que ser muy preciso para poder vencer a la enfermedad.

Eudes describe a la malaria como un mal insufrible, cuenta que si abría los ojos veía oscuro, sentía escalofríos, sudaba frío, en definitiva decía “sentir a la muerte cerca”, también tenía intensos dolores de cabeza, dolor muscular y cansancio todo el tiempo. Sin embargo, como fue muy disciplinado y cuidadoso con los medicamentos, después

3 meses de tratamiento empezó a sentirse mejor, ya estaba bien.

Entonces, Eudes retomó su vida normal, empezó a buscar trabajo nuevamente y se fue a Quevedo, Provincia de Los Ríos a trabajar en una hacienda bananera, sin sentir malestar alguno. La juventud de sus 20 años lo ayudó a recuperarse rápidamente y estibaba racimos de banano con tanta energía que hasta se lastimó el hombro, pero no le prestaba atención, dormía en las barracas, comía en cualquier lugar, donde le sorprendiera la hora del almuerzo. Pero soportaba todas esas vicisitudes con paciencia pues tenía un propósito, quería arreglarse los dientes y así lo hizo, se puso un puente dental. En aquella época, esos puentes tenían una corona de oro en cada colmillo y un filo de oro en los dientes de adelante, era lo que estaba a la moda.

Ya con su dentadura arreglada y adornada, se sentía feliz y ni sospechaba que representantes del Ministerio de Salud lo estaban buscando en todo el sector de Severino porque debían internarlo. Eudes aún no había tenido noticias sobre los resultados del análisis de sangre que le había tomado don Sisoj, pero era un detalle que había olvidado. Ocho meses después de trabajar en Quevedo, regresó a Severino y cuando se encontraba dando mantenimiento

a la finca del vecino don Jorge, a varios kilómetros de la casa de su hermana, escuchó su voz, era Agedalina quien lo llamaba, así se comunicaban antes por esos lares, si alguien gritaba el nombre de una persona, el sonido hacía eco las montañas y podía escucharse el llamado en todas partes. En aquel momento Eudes pidió autorización al dueño para retirarse y Don Jorge aceptó. Inmediatamente salió para la casa y cuando llegó, escuchó a los salubristas que estaban allí hablando de que ya lo habían buscado por todas partes porque era vital encontrarlo, pues alguien que tuviera malaria y anduviera sin observación médica ni control, representaba un peligro para la comunidad que lo rodeara. Sin embargo, los funcionarios se llevaron una sorpresa cuando lo vieron llegar y supieron que era él aquel "enfermo" que buscaban, no daban crédito a la imagen ante sus ojos, esperaban encontrar un hombre en muy mal estado, amarillento, flaco y con los ojos saltones pero en cambio se toparon con un joven de buen peso, tonificado y con el rostro rojo por la fatiga de la jornada, un hombre lleno de vida. Entonces, aliviados y contentos, ellos solo le volvieron a tomar una muestra de sangre y nunca más regresaron.

CAPITULO V

MANTA

En 1967, Eudes dirigió su mirada hacia otros horizontes, nuevos sitios que explorar para encontrar otro tipo de oportunidades. Entonces, viajó a Manta, allí se quedó en casa de su tía Rosa, donde pidió posada y demostró como siempre sus ganas de trabajar. Don Erasmo, tío político de Eudes, intercedió para conseguirle un trabajo y habló con el primo Macario, hijo de otra tía de Eudes, doña Etelvina. Macario capitaneaba, el barco atunero de un empresario extranjero, el Sr. Biut. A don Erasmo se le ocurrió que Eudes bien podría trabajar en aquella embarcación que había acoderado hace pocos días en Manta.

Amistad con el mar

El Sr. Biut tenía dos barcos el Agustín y el Emilia, a Eudes le consiguieron trabajo en el Agustín en el que desempeñó todo tipo de tareas con las que cumplió durante dos años y medio, que corresponden a tres temporadas de pesca de albacora y bonito. En ocasiones, como había que hacer compras de víveres, desembarcaban en Salinas o en La Libertad, entonces la tripulación aprovechaba para

pisar tierra y descansar del vaivén del barco en el que permanecían durante semanas.

Eudes recuerda una de esas ocasiones de manera especial, el 16 de julio de 1969 habiendo desembarcado en Salinas, se percató de que había una inusual algarabía ante una modesta tienda cercana al mercado del pueblo, se abrió paso entre la gente y pudo divisar en un televisor de imagen a blanco y negro con señal no muy nítida al Apolo 11 alunizando (Loff 2015) y el locutor describiendo la situación. Aun así, Eudes no tenía muy claro lo que estaba pasando, hasta que finalmente lo entendió cuando escucho a la gente en la calle que decía ¡el hombre llegó a la luna!, sin embargo, en su inocente reflexión recuerda que precisamente esa noche no hubo luna en el cielo de la costa ecuatoriana.

Después de explorar por tierra, la tripulación volvía al barco y mientras se alejaban de la costa rumbo a mar abierto se quedaban un tiempo al garete para dormir, esto podía ser peligroso por muchos motivos, piratas, bestias marinas o tormentas, pero confiaban en su instinto de marino y sobre todo, se aferraban a su fe en la Virgen del Carmen, Patrona de los marineros (COPE 2020).

Una de tantas actividades a bordo que agradaba mucho a Eudes era cuando pescaban calamares en la noche,

usaban dos platos grandes o pantallas que tenían luz en el centro y que encendían para atraer a la presa, era una experiencia interesante para un chico que había vivido toda su existencia en la montaña.

El agua en alta mar era muy clara, con aquella luz podía ver cómo enormes peces, de todos los colores y formas se acercaban al barco. A los calamares atrapados les sacaban la tinta y los guardaban cocinados para que perduraran. El cocinero preparaba la comida con ayuda de todos ellos y lo que quedaba se lo repartían al llegar a tierra.

Los viajes duraban un mes más o menos mientras el buque madre de la compañía que los contrataba, los abastecía en alta mar de todo lo que necesitaban y al final la tripulación entregaba el fruto de su trabajo al empresario. El contrato decía que el producto debía ser entregado en altamar para reducir costos de combustible, por eso recibían provisiones y alimentos del mismo buque, no pisaban tierra firme durante esos 30 días.

De todos los peligros que atravesaron en aquella aventura, Eudes destaca que, en una ocasión, viniendo de Esmeraldas al cruzar Cabo Pasado (enciclopedia de Ecuador 2016), Macario corrigió el rumbo que Eudes había tomado al maniobrar el timón del barco

porque pensaba que había tomado un rumbo equivocado, cuando en realidad lo que quería Eudes era evitar un aparatoso accidente pues se percató de que se estaban dirigiendo hacia un sitio rocoso donde reventaban las olas, hubo una discusión entre ambos al respecto, pero a tiempo Macario se dio cuenta de que estaban a punto de irse contra las rocas por lo que volvió a tomar el curso casi sobre aquel arrecife, dando así finalmente la razón a su primo Eudes. Aunque se salvaron, de todas formas el mar golpeó muy fuerte el barco con aquella maniobra, lo que asustó a toda la tripulación porque por aquellos días justo por esa zona había naufragado el barco pesquero Rumiñahui bajo las mismas circunstancias. Aunque su contacto con el mar en principio fue muy agradable, para Eudes la experiencia llegó a su punto máximo, decidió que renunciaría a este trabajo porque no quería volver a encarar a la muerte. Pensó que no valía la pena tanto riesgo sobre todo ahora que algo o alguien especial lo ataba en tierra.

El amor de su vida

Había parado la pesca y todos se quedaban en tierra unos cuantos días, cuando eso sucedía, Eudes se juntaba con su primo Manuel a quien acompañaba a trabajar en “El

Osito", una moto vespa adecuada a modo trici-moto o furgoncito en el que trabajaba Manuel distribuyendo productos de una reconocida fábrica ecuatoriana de alimentos, repartía macarrones, fideo cabello, galletas, dulces y demás mercadería.

A veces se juntaban hasta tres primos y hacían los recorridos en la moto, Manuel, María Elena y Eudes. Visitaban sitios aledaños a Manta como Montecristi, Jaramijó, San Mateo, Las Chacaritas (GAD Manabí 2019). Pero a veces iban más lejos, llegaban hasta la parroquia San Plácido en Portoviejo porque Manuel Bravo estaba interesado sentimentalmente en una hermosa joven llamada Mariana.

Mariana, una bella joven alegre y risueña que estudiaba en el Colegio Stella Maris de Manta, permanecía internada por temporadas recibiendo clases, realizando quehaceres cotidianos del claustro y permaneciendo en oración. Sin embargo, tuvo la oportunidad de conocer a Manuel porque las monjas, de vez en cuando, sacaban a las internas a pasear por la playa Murciélagos de Manta, hasta que en una ocasión, por aquellas cosas del amor, su mirada se cruzó con la de Manuel y se enamoraron como se acostumbraba en esos tiempos, con fímidas miradas,

sonrisas vacilantes y notitas románticas que furtivamente iban y venían.

Y así fue como en un fin de semana, cuando las internas podían ir a sus casas a reunirse con sus familias, ese afortunado momento llegó. Manuel quería ir a visitar a Mariana y llevó a su primo Eudes, quien no sospechaba que también encontraría el amor en el mismo sitio.

Mariana vivía en casa de sus abuelos y tíos en San Plácido hasta donde llegaron Manuel y Eudes, las primeras veces entablaron conversaciones con los señores de la casa porque caían bien, la abuela de Mariana, doña Clotilde o -Cota- como le decían con cariño, los reconocía como hijos de una familia de -buen nombre-. Así se establecían las sociedades en aquella conservadora época, sabían quiénes eran, como habían sido educados y asociaban sus modales con el apellido que ostentaban.

Poco a poco los jóvenes, después de contar con el consentimiento de los dueños de casa, subían a dialogar un rato con sus nuevas amigas, Mariana y sus tías que eran tan jóvenes como ella. Eso sí, los encuentros de este grupo de amigos se daban en presencia de los mayores de la casa, luego de un tiempo prudente dejaban algunos obsequios, (productos del negocio de Manuel) y se retiraban con absoluto respeto y agradecimiento.

En una ocasión, la hija menor de doña Clotilde, María Fredeslinda “Fredes”, quien no había formado parte del grupo hasta ese momento, salió a la sala con mucha curiosidad, según ella, para demostrar sus buenos modales y saludar a las visitas, por supuesto. Pero la verdad es que ella ya había visto fijamente a Eudes a través de una rendija de la pared de caña desde el cuarto contiguo, a ella le había llamado la atención su buena presencia y su forma de ser, tranquilo, respetuoso y le causaba gracia la manía que tenía al mover sus piernas de modo nervioso cuando estaba sentado, una manía característica de Eudes y que jamás dejó de hacer.

Entonces, además de que sólo saliera Mariana a la sala a recibir a los amigos, esta vez, se hicieron presentes sus contemporáneas tías; Rosa, Cecilia y Pilar. Ellas fueron llegando una por una a la sala, hasta que hizo su aparición la bella Fredes cuyos almendrados ojos se engancharon a los de Eudes, ahora ambos no podían dejar de verse, fue amor a primera vista, en ese mismo instante él supo que aquella bella muchacha, blanca de cabellos oscuros y sonrisa amplia era la indicada e inmediatamente se propuso a sí mismo que ella sería su compañera de vida.



Figura 11. María Fredeslinda Rodríguez Meza. El 1 de diciembre de 1969, “Fredes” fue elegida Reina de la Parroquia San Plácido – Portoviejo, Manabí.

Al poco tiempo, Manuel y Mariana se casaron en la iglesia de San Plácido, Fredes fue la dama de honor y el grupo de amigos se fortaleció, siguieron frecuentándose. Habían pasado ya dos años en los que Eudes y Fredes se fueron conociendo y acercando más, sus encuentros inocentes y sencillos eran como evocar a aquella antigua canción popular:

Así fue que empezaron papa y mama

y ya somos 14 y esperan mas

tirandosen piedritas en la quebrá

así se enamoraron papa y mama

así fue que empezaron papa y mama

y ya somos 14 y esperan mas

tírame un papelito y una mira
y tírame un besito pero no más

(Quintero y Aircadi 1978)

Entre ellos las cosas empezaban a darse con mayor facilidad por el parentesco que los unía, el primo de Eudes y la sobrina de Fredes vivían su feliz y reciente vida de esposos, un interesante grupo de amigos se había formado, mientras que el amor se afianzaba entre Eudes y Fredes crecía.

Eudes veía en Fredes un presente maravilloso y un futuro prometedor y fue por eso, que el 30 de diciembre de 1969, después de aquel incidente en Altamar ocurrido cerca al sector de Cabo Pasado, Eudes saltó del barco cuando acoderaba en Manta, muy en contra de la voluntad de Macario, los primos discutieron largamente hasta que llegaron a la casa de doña Aurita, quien después de enviudar se había ido a vivir a Manta junto a Eudes y sus demás hijos menores, en esta ocasión, doña Aurita apoyó a su hijo y le dijo enfáticamente a su sobrino: "Macario, yo respeto la decisión de mi hijo, si él no quiere ir a trabajar en el barco, no va", sin embargo sabían que esa decisión tendría otras consecuencias, tuvieron que salir de la casa donde vivían porque era propiedad de Macario, él

les había facilitado aquella vivienda ubicada detrás de la suya.

Entonces, se enfrentaron nuevamente a la pobreza, no más pesca, no más sueldo, no más facilidades en la ciudad de Manta porque lamentablemente el impase generó discordia entre ambas familias.

Por eso no había tiempo que perder, rápidamente y como lo había hecho siempre, Eudes consiguió dos oficios, uno en un taller mecánico de motos y otro en un taller de cerrajería en pleno centro de Manta, de pronto se les acomodó la vida. Eudes empezó a hacer lo que había soñado siempre, desde niño le encantaba todo lo relacionado con motores y herramientas, de paso su familia consiguió un lugar dónde vivir en la misma ciudad de Manta. Eudes no olvida que todo lo pudo lograr en muy poco tiempo gracias a un amigo de la familia, Pedro a quien lo conocían como "Periquito" quien dejó a Eudes encargado de su taller de cerrajería y soldadura por tres meses, solo con la condición de que debía pagar los servicios básicos del taller y cuidar las herramientas, lo mejor es que podía quedarse con el dinero de los trabajos que realizaba.

Periquito se iba a Guayaquil por negocios, invertiría en la compra de una torre grúa para alquilarla a una compañía

Construcciones. Y así fue, a los 3 meses regresó con una grúa de 800 libras, no era de las más grandes pero contaba con un brazo de carga, lo que bastaba para la construcción de edificios.

Periquito armó la grúa pero le pidió a Eudes que se haga cargo de ella y que la trabaje porque quería su taller de regreso, pues al final no le agradó el negocio de la construcción. Eudes sabía que no podría resistirse, era lo que le quedaba y con muy poca experiencia en mecánica más lo que le pudo enseñar Periquito, estuvo trabajando un tiempo en entender la máquina, su funcionamiento y su mantenimiento. Después de un mes y luego de tanto ensayo y error, logró operar la grúa con la que empezó a realizar trabajos en el campo de la construcción. Ese se convirtió en su nuevo modo de subsistencia, al fin trabajaba en algo que, además de rendir buenos frutos, le fascinaba hacer.

Nuevo enfrentamiento con la muerte

Aunque todo iba viento en popa para Eudes quien sentía por fin la estabilidad de una vida resuelta, trataba de mantenerse productivo trabajando, porque su madre y hermanos lo necesitaban y además estaba planificando su futuro con Fredes. Hasta que se le encargó un trabajo

muy importante, la construcción del edificio Medranda en pleno centro de Manta.

La edificación, proyectada para ser una de las más altas de la ciudad por aquel entonces, con 6 pisos y 35 metros de altura, necesitaba para su construcción una torre grúa y un diestro operador, así es que Eudes se hizo cargo. Todo iba bien, hasta que por un descuido en los contrapesos de la maquinaria y los fuertes vientos marinos de la ciudad puerto, la grúa empezó a balancearse. El movimiento era algo inusual para Eudes quien, estando en la cabina de la torre ubicada en lo más alto de la grúa, se percató de que la pesada maquinaria se estaba venciendo hacia un costado, no podría escuchar el alboroto que ocurría abajo, todos corrían y gritaban pero Eudes, encerrado en aquel cubículo y a semejante altura, prefirió no preocuparse de eso y por instinto al darse cuenta del peligro que corría su vida, decidió "hacerse bolita", con sus rodillas tocando su frente y sus manos en la nuca, su cuerpo pivotaba al interior de la cabina mientras caía la grúa. ¡De pronto! Una visión milagrosa ante sus ojos le devolvió la calma durante la caída y mientras cables de alta tensión se envolvían y rompían en la metálica estructura de la grúa, Eudes abrió los ojos por un instante y alcanzó a divisar el interior de una Iglesia, y entonces la vio

allí en el Altar Mayor, pudo distinguir la imagen de Nuestra Señora de la Merced, como si estuviera allí solo para él, en ese preciso instante en que aún la grúa no tocaba el suelo, entonces alcanzó a orar, diciendo con toda su alma "Madre mía, Virgen de la Merced, me pongo en tus benditas manos" y luego, el impacto.

Todos corrieron a ver a Eudes, sus compañeros, los bomberos, la policía y muchos curiosos. Desconectaron la energía eléctrica en el sector para poder rescatarlo y sacarlo de aquella maltrecha cabina. Al verlo inmóvil pensaron que estaba muerto, cuando inesperadamente, Eudes empezó a moverse y salió de la cabina por sus propios pies, preguntando a todos ¿qué pasó? ¿qué falló? y la última pregunta antes de su desmayo ¿por qué no veo nada? resulta que la sangre que brotaba de una herida en su frente cubrió sus ojos y al percatarse de aquello se desplomó. De inmediato, fue trasladado al antiguo Hospital Rodríguez Zambrano (MSP 1988) donde permaneció convaleciente por cinco días, lo visitaron sus amigos, su familia y por supuesto su novia, Fredes. Todos daban gracias a Dios y a la Virgen de la Merced de que después de tan aparatoso accidente, Eudes solo resultara con una pequeña herida en la cabeza.

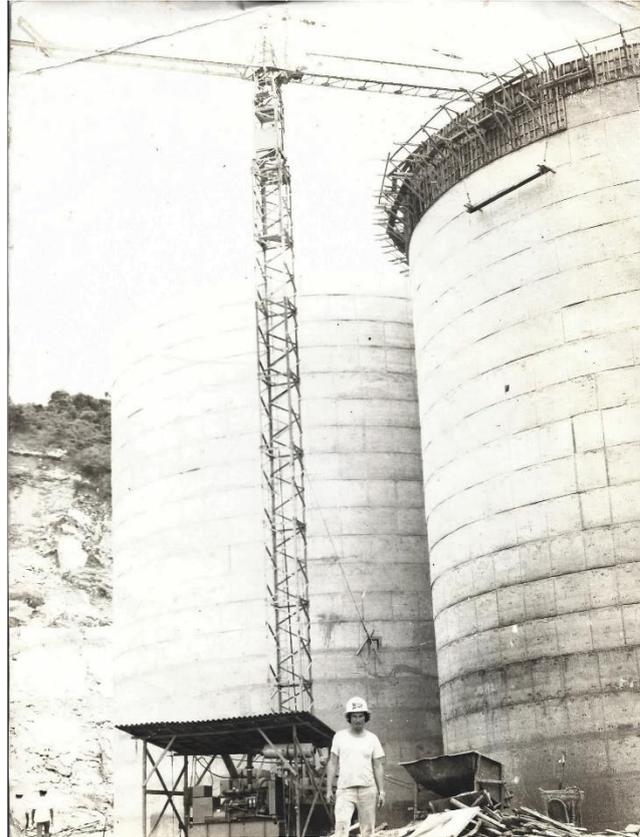


Figura 12. Eudes y a sus espaldas la grúa del accidente. 1976, junto a silos de piedra caliza en Cerro San Eduardo - Guayaquil

Propuesta de matrimonio

Después de haber sido dado de alta, Eudes quiso recuperar el tiempo perdido, no dio espacio al pánico ni a ningún tipo de daño psicológico post traumático. Con sus proyectos personales en mente decidió retomar el trabajo, aquel que había quedado inconcluso y otros que estaban pendientes.

Pero no todo era trabajo, también se daba tiempo para relajarse y los fines de semana eran ocasión de reunirse

con sus amigos, el grupo de siempre en el que también estaba su amada Fredes. Un día de esos, él y los “muchachos” decidieron ir a disfrutar un poco de la noche en “la Tebaida”, una pista de baile en la playa del Murciélago (El Diario 2011). Luego de un rato de diversión, risas y cansancio fueron a caminar por la nascente ciudad de Manta, que en sus inicios era como una aldea de pescadores que despuntaba positivamente hacia la modernidad. La noche era ideal y hermosa, de aquellas en las que se podían divisar claramente las estrellas en todo su esplendor mientras la brisa marina se deslizaba suavemente por sus rostros, Eudes permanecía junto a Fredes tomaron un descanso, luego se sentaron en una banca y fue en ese momento cuando él le preguntó ¿quieres casarte conmigo? A lo que ella con algo de vergüenza y emoción en su rostro contestó afirmativamente con mucha esperanza y amor. Todos celebraron contentos el nuevo compromiso aquella noche.

Sin demora Eudes mandó a hacer los anillos, dos aros sencillos pero elegantes hechos con oro de 18 kilates con las inscripciones de sus respectivos nombres tal como se acostumbra, el de Eudes en el de ella y el de Fredes en el de él. Sin más demora él se los mostró a su novia y se los

encargó, le dijo: “tenga usted los dos anillos, guárdelos porque muy pronto iré a su casa a pedir su mano”.

Y así fue, que en un día soleado del mes de junio en el año de 1973, Eudes acudió a la casa de Fredes, allá en San Plácido e hizo la tradicional pedida de mano, lo hizo con todos los protocolos propios de aquella época, primero dialogaban las madres de los enamorados, doña Aurita y doña Cota ambas ya viudas, jefas de hogar, conversaron complacidas por el evento, de madre a madre, para consolidar el matrimonio de sus hijos. La boda había sido pactada

Poco tiempo después, Eudes le llevó a María un rollo de billetes en denominaciones de 100, 20 y 10 sucres, en total, 3000 sucres, fruto de su esforzado trabajo y ahorro para que compre los vestidos y zapatos a usar en la boda civil y eclesiástica.

Fredes guarda con cariño en su corazón una frase que en esos días su novio le dijo de manera especial, la que más le impactó y la enamoró para siempre, Eudes le dijo: “Lo que tengo para ofrecerte es lo que con estos brazos puedo hacer, no te va a faltar sustento”, con esa promesa dieron los primeros pasos firmes hacia una vida juntos.

Y así, juntos organizaron su boda, compraron las telas para la confección de sus atuendos y fue Aureola, hermana

mayor de Eudes, quien confeccionó los vestidos de la novia y los de toda la corte.

La boda

Tal como lo hicieron Manuel y Mariana, también Eudes y Fredes se casaron en San Plácido. El 27 de octubre de 1973 se realizó primero el matrimonio civil en la Junta Parroquial. La ceremonia además de ser solemne y emocionante fue un tanto jocosa y divertida gracias a las ocurrencias de sus jóvenes amigos y primos, sí, aquel grupo en cuyo seno surgió el romance que había unido ya a dos parejas. Ese fue un momento inolvidable porque debía ser formal y serio pero fue constantemente interrumpido por pitos, comentarios, risas y ruidos raros, lo que lejos de molestar a la pareja, les agradó, se divirtieron y conservaron la anécdota como un grato recuerdo en la memoria y en el corazón.

Por la tarde de ese mismo día, se realizó la ceremonia eclesiástica, se casaron en la iglesia de San Plácido, donde con mucha emoción y expectativa se comprometieron ante Dios, para siempre.

La sencillez y humildad de la ceremonia no opacó la alegría de los novios, pese a que no acudieron muchos representantes de sus familias. Por parte de la novia sólo

fue su hermana Leonila, sus sobrinas Betty (porta-anillos), Marcy, Zulema y Nelba (damas de honor) y por parte del novio, asistieron sus hermanas Dolorosa y María (dama de amor) y Narcisa, una amiga de la familia, como parte de la corte nupcial.

La Iglesia de San Plácido "La Inmaculada" (GAD San Plácido 2011) estaba llena porque era hora de Misa, los feligreses parecían invitados porque por esos tiempos la solemnidad de asistir a Misa significaba ir con los mejores trajes, vestidos, chales y mantillas en señal de respeto ante el Santísimo Sacramento del Altar. Por eso, aquel público sirvió de escenario perfecto para el acontecimiento. Se casaron unos minutos antes de la Misa durante una hermosa y conmovedora ceremonia que hizo llorar a más de uno entre los asistentes, porque unos conocían a los novios y otros porque se dejaron llevar por la emoción.

Sin embargo, al salir de la Iglesia, la reacción fue contraria, pues muchos hombres enardecidos empezaron a lanzar piedras al vehículo de los novios, y es que un foráneo se llevaba a una de las más bellas mujeres del pueblo, que había ostentado el reinado de San Plácido. No era la primera vez que las bellas muchachas Rodríguez rechazaban a los jóvenes del pueblo y preferían a alguien de afuera.

Pero más que susto, el suceso hizo que la “chacotada” o algarabía entre los amigos sea peor, no podían parar de reír hasta que llegaron a la recepción de la boda que tuvo lugar en la casa de la Señora Rosa, mamá del primo Manuel, a más de una hora de camino en el barrio Jocay de Manta. Ahí ya estaba todo listo para recibir a los novios y a sus invitados, había una hermosa torta de novios que fue hecha por las primas del novio, la comida que consistía en arroz con verduras, pollo criollo al horno y ensalada, las bebidas, el champagne para el brindis y la decoración adecuada. Fue una recepción por todo lo alto, inmortalizada por las fotos tomadas por el primo de la novia, Delio.



Figura 13. Recepción de la boda Macías-Rodríguez. Eudes Macías Loor y Fredeslinda Rodríguez Meza en la recepción de su boda. Manta, 27 de octubre de 1973.

La fiesta duró hasta la una de la mañana, era el tiempo máximo que se podía festejar decentemente en aquella época, por respeto a los dueños de casa y a sus vecinos. Poco a poco, los invitados se retiraban y los novios finalmente fueron a descansar a un pequeño departamento que Eudes había alquilado, frente a la Iglesia de El Rosario en el barrio Tarqui de Manta. Al entrar, Fredes se dio cuenta de que solo tenían una vajilla, una tina de lavar, y una bacinilla junto a la cama que les regaló doña Cota, porque el servicio higiénico estaba en el oscuro patio.

Eran los primeros regalos de boda que habían recibido, cosas que representaban el inicio en la construcción de un hogar, también tenían un horno de carbón y un banco largo de madera para sentarse a comer, no tenían nada más. Pero eran felices y optimistas.

Para la pareja esos escasos recursos servían para vivir de momento y no les importaba porque estaban conscientes de que se encontraban en un punto de partida.

Ahí vivieron cuatro meses y en febrero se mudaron a una casa grande frente al Colegio Stella Marys, aquella era una vivienda que Manuel y Mariana habían alquilado y los invitaron a compartir gastos, aunque no les fue muy bien y

después de cuatro meses prefirieron independizarse nuevamente.

Fredes, empezó a trabajar como maestra de corte y confección, conocimientos adquiridos en un curso y heredados de su madre, doña Cota y que le sirvieron para ayudar con ingresos en su nuevo hogar, aunque no por mucho tiempo ya que se encontraba en el sexto mes de su primer embarazo.

La pareja tuvo que vivir duros momentos pero ya empezaban a ver caminos más estables en sus vidas, empezaron a buscar un nuevo apartamento y lo encontraron frente en el a la Iglesia La Dolorosa, en el barrio del mismo nombre.

Mientras tanto, Eudes seguía trabajando en el sector de la construcción operando la torre grúa, recuerda que entre las obras más importantes para el desarrollo de Manta en los que estuvo involucrado fueron edificios como "El Vigía", famoso por ser el más alto de Manta por mucho tiempo (Rivadeneira y Elisa 2009).

Capítulo V

Hacia la ciudad del gran río

Habían transcurrido ya dos años de matrimonio, Eudes y María aún se adaptaban a la vida juntos poco a poco formaban una familia de tradiciones campesinas, como los habían criado a ellos en Ríos Chico y San Plácido, con la diferencia de que en Manta no vivían al pie de la montaña, se encontraban frente al mar, no tenían animales de granja porque el espacio se reducía a un departamento, no iban al huerto por hortalizas, las compraban en el mercado, la vida los conducía hacia otra parte y sin darse cuenta, habían dejado el campo atrás.

Con el tiempo empezaron a sentirse cómodos en aquel ambiente, ahora con la llegada de su primera hija, una bebé robusta de ojos grandes y brillantes, inquieta, inteligente y risueña, se dieron cuenta de que la familia crecía y en aquel momento veían a la bella ciudad de Manta como el hogar escogido para echar raíces.

A la niña la bautizaron con el nombre de María Regina, de origen latín que significa “María Reina” en honor a la Virgen María, pero desconocían que también significa “la primera de otras mujeres” (Treviño 2019), una frase que en

cierto modo presagiaba el futuro de la familia Macías Rodríguez. El nombre que se le da a los recién nacidos en Manabí tiene mucho significado, sobre todo cuando se trata de mantener antiguas costumbres católicas como acudir al almanaque o santoral para definir el o los nombres de los bebés de acuerdo con el onomástico del Santo Mártir cuya fecha coincida con el nacimiento de la criatura (El Almanaque, 1998). Sin embargo Eudes y Fredes decidieron no seguir con aquella tradición pues, de haber sido así, Regina se llamaría Delfina, pero sus padres prefirieron rendir homenaje a la Madre de Dios.

Aún transcurría el año 1975, cuando todo parecía estable y tranquilo y a Eudes le iba bien en el sector de la construcción en Manta, justo cuando a modo empírico manejaba con precisión y pericia grúas de todo tipo, se le presentó una oportunidad que cambiaría su vida otra vez, nuevamente tendría que emprender una aventura diferente, ahora, acompañado de su familia.

Fredes estaba cerca de la séptima semana de su segundo embarazo, cuando tuvieron que mudarse a Guayaquil, la ciudad más productiva y poblada del país (Hidalgo, 2013). Eudes y Fredes ya sabían cómo era la ciudad portuaria del Guayas, ambos habían visitado aquella gran ciudad, tiempo atrás cuando eran más jóvenes, la recordaban

como urbe moderna que crecía aceleradamente junto a uno de los ríos más anchos e importantes del país, el río Guayas (ARCGIS, 2019) pero la veían con temor, un temor infundado por los comentarios de quienes la habían pasado mal por experimentar algún hecho delictivo o por los estragos del trajinar agitado de la urbe porteña. Pero sucede que todo era cuestión de perspectiva, luego de un tiempo la pareja descubrió, que como pasa con toda densa población, los hechos son relativos y proporcionales a la realidad (Pontón-Cevallos 2016), se dieron cuenta de que eran más las personas que habían alcanzado el éxito que las que lamentaban algún fracaso al mudarse a Guayaquil o “Perla del Pacífico”, como la conoce el mundo (Universidad Andina S.B. y HALIDONMUSIC 2020). Entonces, decidieron correr el riesgo.

La decisión no sólo acarrecaba riesgos sino también incertidumbre y cambios drásticos, sobre todo para Eudes, hombre de costumbres, dialecto y cultura del campo manabita, aspectos totalmente distintos a lo que se encontraría en Guayaquil. Él viajó antes que su familia para hacer un reconocimiento del lugar y practicar su trabajo en un ambiente diferente a lo que estaba acostumbrado, pero pronto se vio en medio de un mundo peculiar, le costó acoplarse a la idiosincrasia guayaca y

específicamente a la guayaquileña, pero recurrió a las destrezas adquiridas por su experiencia cuando decidió recorrer su propio camino a los 12 años y así, se propuso conocer y analizar, la jerga guayaquileña para comprender las ordenes de sus jefes y las conversaciones con sus compañeros porque se quedaba de piedra cuando le decían cosas como: “¡bacán!, ese camello estuvo a vaca panita” o “mira ese man de la esnaqui como vacila la movida” eran oraciones que podía entender por el contexto pero pasó mucho tiempo hasta que conoció el significado de cada palabra guayaca, que no son más que códigos adoptados con el tiempo e influenciadas por la diversidad de culturas que confluyen en los ambientes de la urbe y llegan a afectar la rutina diaria de los ciudadanos, expresiones provenientes de extranjeros o transmitidas por los medios de comunicación en una ciudad cosmopolita como lo es Guayaquil. (Mestanza, 2014)

Fruto de ese acercamiento e involucramiento con sus nuevos compañeros, a Eudes le cortaron el nombre, si, esa era la costumbre porque aquellos modismos que los grupos sociales construían en consenso, eran para el lenguaje verbal lo que la taquigrafía es para la escritura (Maeso 1976), es decir, acortaban o distorsionaban en

pocos rasgos una palabra y con eso lograban hablar mucho más rápido. Fue así como Eudes se convirtió en “don Ele” o “don Maci”, para abreviar su nombre o su apellido, respectivamente.

Luego de un mes, Fredes llegó con la pequeña Regina a vivir definitivamente a Guayaquil y junto a su esposo, se alojó en la casa de su hermana Pilar quien ya llevaba un tiempo viviendo en esta ciudad con su familia. Allí junto a Eudes, ella se sintió bien recibida, pero las cosas tampoco le resultarían sencillas, en ocasiones debía salir a las calles de la ciudad, vías totalmente desconocidas por ella, por lo que temía tomar el bus hacia el centro o casco urbano, la zona más comercial y productiva del país (Véliz Torresano y Díaz Christiansen 2014). Pero, por más que evitaba alejarse de casa, María se veía forzada a hacerlo por algún trámite en el banco o para comprar cierta pieza de tela, cierre o encaje que necesitaba para terminar algún vestido que confeccionaba para Regina o para el bebé que venía en camino. La experiencia de salir podía verse opacada por varias cosas, que en realidad le ocurrieron, como tomar un bus equivocado e ir a parar al otro extremo de la ciudad o perderse en las numerosas calles del centro, porque cambiaban de nombre en algún tramo o porque estaban cerradas por trabajos en la vía o

simplemente porque bajo los estragos del embarazo solía perder la orientación. Sin embargo, ella había sido criada por padres sabios y prudentes, recordaba sus lecciones y sabía que podía tomar referencias para guiarse y retomar el camino correcto, fue entonces, el Malecón Simón Bolívar que limita a la ciudad con el manso Río Guayas (Perrone 2012), la guía perfecta que le sirvió para conocer y aprender de memoria nombres y disposición de calles como la 9 de Octubre, a partir del hemiciclo De La Rotonda y hacia un lado las calles Icaza, Víctor Manuel Rendón, Junín y hacia el otro lado Elizalde, Luque, Aguirre y así, fue organizando todo en su mente y aprendió a reconocer las rutas o buses por sus números como la 61, la 7, la 1, o por sus nombres como; la Ebenezer, la Cayetano, Los Camberra o por sus recorridos; las que la llevaban al centro, sur, norte, a la Terminal Terrestre o al mercado más cercano.

Cuando ambos adecuaron y agudizaron sus sentidos para adaptarse a la ciudad y a su gente, pudieron socializar con más calma en sus entornos y en menos de un año lograron mucho más de lo que pensaban. A Eudes le fue cada vez mejor en el trabajo, aunque tuvo que duplicar esfuerzos y disciplina porque, entre otras cosas, debió estudiar arduamente en el cantón Babahoyo situado a 78

kilómetros de Guayaquil para obtener el título de conductor profesional especializado en Operación de Equipo Pesado con licencia tipo G (FEDESOMECE 2017)



Figura 14. Eudes con sus certificados de Operador de Equipo Pesado y de Primaria. Eudes tuvo que culminar la primaria, hacer el curso de operador y trabajar al mismo tiempo para alcanzar los certificados que sostiene en la gráfica.

Para él, que llegó apenas hasta el tercer año de educación básica en Río Chico y al haber corrido ya tanta agua bajo el puente, le resultó complicado tomar lápiz y papel, letras y cálculos otra vez, se esforzaba por recordar las lecciones impartidas por las monjas de la escuela “La Inmaculada” de Río Chico donde estudió. Luchaba tanto al dibujar las letras cursivas que prefirió escribirlo todo con

letra estilo imprenta, las palabras quedaban cuadradas, pero legibles, comprensibles y sencillas.

Durante mucho tiempo se mantuvo trabajando y estudiando al mismo tiempo, Eudes recuerda lo duro que fue viajar hasta Babahoyo cada fin de semana para asistir a sus clases y luego regresar a trabajar sin tan siquiera poder pasar por su casa a tomar un café, no había descanso, sumado a eso la explotación que sufría por parte de sus jefes que le encomendaban duros trabajos sin horario ni receso, pero por fortuna, nunca olvidó de lo que estaba hecho, se forjó a pulso, al “hacha y machete” como dicen en el campo. La jaculatoria que repetía siempre en su mente era: “Para Dios y la Virgen nada es imposible” y como lo había aprendido desde pequeño, rogaba a las Ánimas benditas del purgatorio para la protección de su familia. Así, con esfuerzo y fe, al final lo logró, se había titulado como operador profesional, el único en la compañía que podía hacer trabajos dentro y fuera de la ciudad y del país, no sólo por el título y licencia que ahora ostentaba sino también por sus destrezas en la práctica.

Concentrarse en mantener a su familia y cumplir con lo que le había prometido a María al pedirla en matrimonio, le ayudó como incentivo para seguir adelante, pese a las

dificultades. Eudes no olvidó que se comprometió a “utilizar sus brazos para llevar el pan a la mesa cada día”.

La cosecha

Después de 20 años de su más grande hazaña, que para muchos no era más que la huida de un pequeño dejando atrás el hogar, para otros significó la iniciación de un hombre.

Ahora esta nueva vida tampoco dejaba de darle sorpresas, las aventuras no paraban de ir y venir, cada día se convertía en un reto, sus misiones en el trabajo hacían que un día Eudes estuviera con su grúa colocando un puente en la región Sierra y al siguiente traslade una turbina a las Islas Galápagos por mar, para luego merendar en las playas de la Costa ecuatoriana pero nada estaba planeado, era una hoja de ruta sorpresa cada día. En ocasiones no regresaba en semanas o meses a su hogar, era un trabajo sacrificado para él y para su familia, pero la satisfacción de conocer hasta el último rincón de Ecuador y a veces más allá, poder cumplir con su deber y regresar con el sustento al hogar, eran recompensas que lo mantenían activo.

Con su nueva vida y trabajo, Eudes vio al fin sus sueños cumplidos, los motores, que le había obsesionado desde

pequeño ahora eran parte de su trajinar diario, estaban bajo su cuidado, conocía las maquinarias como a su propio cuerpo, su funcionamiento, su mantenimiento y todo lo relacionado a éstas. Mientras que en el hogar sus memorias se convirtieron en un libro abierto cuyos pasajes narraba a sus hijos, cuatro niñas y un niño; Regina, Leonela, Ligia, Eudes y Belén, ellos asimilaban y relacionaban cada palabra en sus frescas mentes con las páginas de un cuento de hadas, de fantasía, de misterio, ficción o de aventuras, dependiendo de la narrativa de turno.



Figura 15. Familia Macías Rodríguez. En el centro Fredes y Eudes. De izq. a der. Leonela, Ligia, Belén, Eudes y Regina.

Los niños habían aprendido a comprender las largas ausencias de su padre, “mi papi está en el trabajo” decían resignados, la verdad es que no conocían otra realidad, sin embargo no dejaban de extrañarlo, por eso, cuando

papá Eudes estaba en casa, había un ambiente de fiesta, apenas llegaba no había pierna, brazo ni cuello de Eudes libre, en todas partes tenía a un niño guindado, pero él, lejos de incomodarse, con toda paciencia los bajaba y le daba un pan a cada uno mientras les contaba una de sus interesantes historias. La atención para sus hijos era absoluta, porque los veía poco, pero, sobre todo, porque quería darles lo que él se había perdido durante su niñez; un cálido hogar con amorosos padres.

Todo estaba completo, la vida cerró un círculo en la vida de Eudes, él sentía que estaba cosechando lo que había sembrado durante las dos últimas décadas de su vida. Fredes por su parte, se había encargado de buscar y gestionar la compra de una sencilla y modesta casa en el suburbio de Guayaquil, allí vivió la familia Macías Rodríguez durante 30 años, las tres décadas más felices y prósperas del Miquito, de Ele, de Ebre, de don Maci, de Eudes, que vivió entre los dos ríos más importantes de su vida.

Bibliografía

- Andrade B., Augusto. 1994. «Estudio epidemiológico de malaria en la provincia de Manabí durante veinte años (1973-1992)». *Educ. méd. contin* 11-16.
- Andrade, Patricio Esteban Mendieta, Rolando Patricio Andrade Amoroso, y Janice Ordóñez Parra. 2018. «Caracterización del gasto de los asistentes al pase del niño viajero del 24 de diciembre de 2017». *Killkana sociales: Revista de Investigación Científica* 2(4):87-95.
- Antonio, Arroyo Mantilla Kevin, y Mendoza Alcivar Alfredo David. 2018. «DISTRIBUCIÓN ESPACIAL ENTRE CEIBO (*Ceiba trichistandra*), Y GUAYACÁN (*Tabebuia chrysantha*), EN SU COMPETENCIA POR EL BOSQUE TROPICAL SECO EN MANABÍ». 89.
- ARCGIS. 2019. «Story Map Journal». *Ríos Del Ecuador*. Recuperado 13 de junio de 2020 (<https://arcg.is/e1Dn1>).
- BCE. 2008. «Historia del Banco Central del Ecuador». Recuperado 5 de noviembre de 2020 (<https://www.bce.fin.ec/index.php/historia>).
- COPE. 2020. «Virgen del Carmen, Patrona del mar y de las Fuerzas Armadas Española». *COPE*. Recuperado 11 de noviembre de 2020 (https://www.cope.es/religion/virgenes/noticias/virgen-carmen-patrona-del-mar-las-fuerzas-armadas-espanola-20200516_715751).
- Delaunay, Daniel, B. Carrera, y J. León. 1985. *Poblaciones de las parroquias: Ecuador 1950-1982*. Quito: CEDIG.
- El Almanaque. 1998. «EL ALMANAQUE DE LOS SANTOS - ONOMASTICA». Recuperado 13 de junio de 2020 (<https://bit.ly/2YvSDol>).
- El Diario, S. A. 2011. «Te recuerdo Manta». *El Diario Ecuador*. Recuperado 12 de noviembre de 2020 (<https://www.eldiario.ec/noticias-manabi-ecuador/203076-te-recuerdo-manta/>).

- El Diario, S. A. 2018. «Es el niño de los milagros». *El Diario Ecuador*. Recuperado 9 de noviembre de 2020 (<https://www.eldiario.ec/noticias-manabi-ecuador/473790-es-el-nino-de-los-milagros/>).
- El Universo, Diario. 2007. «La Navidad riega historias de fe en el campo y los barrios - DIC. 23, 2007 - El País - Historicos - EL UNIVERSO».
- Encalada Vásquez, Oswaldo. 2005. *La Fiesta Popular en el Ecuador*. CIDAP.
- enciclopediadeecuador. 2016. «Cabo Pasado - Geografía del Ecuador». *Enciclopedia Del Ecuador*. Recuperado 10 de noviembre de 2020 (<http://www.enciclopediadeecuador.com/geografia-del-ecuador/cabo-pasado/>).
- FEDESOMECE, gremio. 2017. «FEDESOMECE». Recuperado 15 de junio de 2020 (<https://bit.ly/2AuJhBq>).
- Fernández, Pablo Vidal, Lidia Navas Guzmán, Miriam Quiroz Párraga, y Hernán Patricio Murillo Bustillos. 2018. «Sociedad e identidad cultural manabita y su transmisión en la educación general básica en Manta.» *Revista San Gregorio* (24 (Julio-septiembre)):24-33.
- GAD Manabí. 2019. «Manta». *Gobierno de Manabí Ecuador*. Recuperado 10 de noviembre de 2020 (<https://www.manabi.gob.ec/cantones/manta>).
- GAD, parroquial. s. f. «Flora y Fauna». Recuperado 9 de noviembre de 2020 (<http://gadprmembrillo.gob.ec/index.php/ct-menu-item-11/ct-menu-item-29>).
- GAD Parroquial, Río Chico. 2019. «GAD Parroquial RIOCHICO». *GAD Río Chico*. Recuperado 12 de junio de 2020 (<http://gadriochico.gob.ec/riochico-historia.htm>).
- GAD San Plácido. 2011. «Historia de la Parroquia». *GAD parroquial de San Plácido*. Recuperado 12 de noviembre de 2020 (<https://gadprsanplacido.gob.ec/manabi/historia/>).
- Génesis 3, Biblia Católica Online-. s. f. «Génesis, 3 - Biblia Latinoamericana». *Biblia Católica Online*. Recuperado 6 de noviembre de 2020 (<https://www.bibliacatolica.com.br/biblia-latinoamericana/genesis/3/>).

- Gon. 2015. *Cómo se hace el café artesanal*.
- GoRaymi. s.f. «Riochico». *GoRaymi*. Recuperado 3 de noviembre de 2020 (<https://www.goraymi.com/es-ec/manabi/portoviejo/rurales/riochico-a05b57f4d>).
- Gutiérrez, José María. 2011. «Envenenamientos por mordeduras de serpientes en América Latina y el Caribe: Una visión integral de carácter regional». 16.
- Hidalgo, Ángel. 2013. «Guayaquil y su primera modernidad económica». *El Telégrafo - Noticias del Ecuador y del mundo*, agosto 4.
- Loff, Sarah. 2015. «Apollo 11 Mission Overview». NASA. Recuperado 10 de noviembre de 2020 (http://www.nasa.gov/mission_pages/apollo/missions/apollo11.html).
- Loor, Wilfrido. 1956. «Manabí prehistoria y conquista».
- Macías Zambrano, Telly Yarita, Karen Narcisca Zambrano Moreira, Carmen Liliana Mera Plaza, y Ricardo Muñoz Farfán. 2019. «Recuperación de saberes para la conservación de mantequilla blanca tradicional Manabita, en Caña Guadúa Tierna». *Caribeña de Ciencias Sociales* (marzo).
- Maeso, David. 1976. «LOS SISTEMAS GRAFICOS DE LAS LENGUAS SEMITICAS Y LA TAQUIGRAFIA». Recuperado 12 de noviembre de 2020 (<http://meahhebreo.com/index.php/meahhebreo/article/viewFile/704/739>).
- Méndez, Díaz, y Daniela Carolina. 2020. «La cocina tradicional manabita como aporte al desarrollo turístico: Caso ciudad de Jama.» 111.
- Mendoza, Jacinto, Karina García, Rosa Salazar, y Isauro Vivanco. 2019. «La economía de Manabí (Ecuador) entre las sequías e inundaciones». 10.
- Mestanza, Juan Carlos. 2014. «La jerga guayaca se cocina desde las entrañas de la ciudad-puerto». *El Comercio*.
- MINTUR, Ecuador. 2013. «Primates del Ecuador». *Issuu*. Recuperado 12 de junio de 2020 (<https://bit.ly/3cSA4Qd>).

- MSP. 1988. «Hospital». Recuperado 12 de noviembre de 2020 (<http://www.hrz.gob.ec/index.php/hospital>).
- Obando, Paulina. 2010. «La Panela, Valor Nutricional Y Su Importancia En La Gastronomía».
- Parque Avellaneda. 2018. *Canto del Hornero*.
- Pazmiño-Otamendi, Gustavo. 2013. «Bothrops atrox». Recuperado 6 de noviembre de 2020 (<https://bioweb.bio/faunaweb/reptiliaweb/FichaEspecie/Bothrops%20atrox>).
- Perrone, María Gabriela Navas. 2012. *Malecón 2000: el inicio de la regeneración urbana de Guayaquil : un enfoque proyectual*. Flacso-Sede Ecuador.
- Pontón-Cevallos, Jenny. 2016. «"Mano dura" en Guayaquil: medios, inseguridad y populismo punitivo | "Strike Hard" in Guayaquil: Media, Insecurity and Punitive Populism». *Razón y Palabra* 20(2_93):186-203.
- PUCE. 2017. «Cuniculus paca». Recuperado 11 de noviembre de 2020 (<https://bioweb.bio/faunaweb/mammaliaweb/FichaEspecie/Cuniculus%20paca>).
- Puga Palomeque, Consuelo. 2010. «El chigualo Manabita, la fiesta Navideña Montubia, Picoazá 2010».
- Quintero, Gustavo, y Rodolfo Aircadi. 1978. «Así empezaron papa y mama (letra y canción) - Rodolfo Aicardi». *musica.com*. Recuperado 11 de noviembre de 2020 (<https://www.musica.com/letras.asp?letra=1399424>).
- Regalado, Libertad, y Raymundo Zambrano. 2019. *amorfinos-web.pdf*.
- Rivadeneira, Andrade, y Andrea Elisa. 2009. «Rehabilitación del edificio El Vigía-Vivienda exclusiva Manta, Ecuador».
- Samaniego, Fabián Bedón. 2019. «La creatividad en la Cuenca del Río Portoviejo, contradicción entre la escasez y el excedente en el patrimonio alimentario manabita, como factor de resiliencia para el ingreso en la Red de Ciudades Creativas en Gastronomía de la UNESCO (2019).» 15.
- SNI. 2014. «DIAGNOSTICO DEL CANTON BOLIVAR 2014-2026_16-03-2015_15-39-33.pdf».

- Treviño, Jesús. 2019. «Etimologías de Chile». *Etimologías de Chile - Diccionario que explica el origen de las palabras*. Recuperado 13 de junio de 2020 (<https://bit.ly/3cYDFFP>).
- Universidad Andina S.B., y HALIDONMUSIC. 2020. «De Guayaquil a Quito, Ecuador 1929». Recuperado 13 de noviembre de 2020 (https://www.youtube.com/watch?v=bkIXDPIwQqU&list=RD CMUCua60WLpw_FwYqJaL0YiXwQ&index=1).
- Vademecum. 2010. «★ Cloroquina 🍷». Recuperado 10 de noviembre de 2020 (<https://www.vademecum.es/principios-activos-cloroquina-P01BA01>).
- Valencia, FreCIA Argentina Basurto, y Peggy Mercedes Basurto Valencia. 2017. «INCIDENCIA DE LAS ESPECIES MADERABLES EN LA CALIDAD DE VIDA DE LOS HABITANTES DE LA MICROCUENCA DEL RÍO CARRIZAL». 89.
- Véliz Torresano, José, y Suleen Díaz Christiansen. 2014. «El fenómeno de la informalidad y su contribución al crecimiento económico: el caso de la ciudad de Guayaquil». *Journal of Economics Finance and Administrative Science* 19(37):90-97. doi: 10.1016/j.jefas.2014.09.001.
- Vera, Ángel. 2016. «"PREVALENCIA; CARACTERIZACIÓN CLÍNICA Y TERAPÉUTICA DE LOS ACCIDENTES OFÍDICOS EN EL HOSPITAL NAPOLEÓN DÁVILA DE CHONE. MANABÍ. PERIODO 2005-2011. PROPUESTA DE PROTOCOLO DE ATENCIÓN."» Recuperado 6 de noviembre de 2020 (http://repositorio.ug.edu.ec/bitstream/redug/11058/1/VERA_angel.pdf).

Descubre tu próxima lectura

Si quieres formar parte de nuestra comunidad,
regístrate en <https://www.grupocompas.org/suscribirse>
y recibirás recomendaciones y capacitación



   @grupocompas.ec
compasacademico@icloud.com

compAs
Grupo de capacitación e investigación pedagógica



@grupocompas.ec
compasacademico@icloud.com

ISBN: 978-9942-33-345-2



@grupocompas.ec
compasacademico@icloud.com

compas
Grupo de capacitación e investigación pedagógica